

THIERRY
JONQUET

TARÁNTULA



«Ingenioso», «elegante», «siniestro» son adjetivos que se quedan cortos a la hora de definir el poder narrativo de *Tarántula*.»

The Washington Post Book World

THIERRY JONQUET

TARÁNTULA

Índice

<u>Resumen.....</u>	<u>4</u>
<u>PRIMERA PARTE.....</u>	<u>5</u>
<u>1.....</u>	<u>6</u>
<u>2.....</u>	<u>10</u>
<u>3.....</u>	<u>17</u>
<u>SEGUNDA PARTE.....</u>	<u>24</u>
<u>1.....</u>	<u>25</u>
<u>2.....</u>	<u>42</u>
<u>3.....</u>	<u>45</u>
<u>4.....</u>	<u>54</u>
<u>TERCERA PARTE.....</u>	<u>64</u>
<u>1.....</u>	<u>65</u>
<u>2.....</u>	<u>78</u>
<u>3.....</u>	<u>87</u>

RESUMEN

En la vida de Richard Lafargue, cirujano plástico, hay dos mujeres: Viviane y Ève. La primera, su hija, sufre los estragos de la locura en un manicomio. La segunda, una joven sensual y sofisticada, atrae a todo hombre que se cruce con ella (menos a Richard). Para ésta Richard ha preparado una jaula de oro y unos castigos periódicos con los que pretende vengar una antigua afrenta que Ève desconoce. No lejos, un joven ladrón, y asesino por accidente, se esconde de la policía y busca ayuda en el médico. Internarse en el peligroso triángulo formado por una loca, un hombre enfermo de venganza y una mujer fatal y humillada es lo más arriesgado que ese matón de poca monta ha hecho en toda su vida.

PRIMERA PARTE

LA ARAÑA

1

Richard Lafargue caminaba despacio por el sendero alfombrado de grava, en dirección al pequeño estanque encajonado entre los árboles que bordeaban la tapia de la villa. La noche era clara —una noche de julio— y el cielo aparecía sembrado de una lluvia de destellos lechosos.

Oculto tras unos nenúfares, la pareja de cisnes dormía plácidamente con la cabeza bajo el ala; la hembra se había acurrucado grácilmente contra el cuerpo imponente del macho.

Lafargue arrancó una rosa y aspiró un instante su perfume dulzón, casi empalagoso, antes de volver sobre sus pasos. Al otro lado del sendero flanqueado de tilos se alzaba la casa, un edificio compacto y achaparrado, desprovisto de gracia. En la planta baja se encontraba el *office*, donde Line, la asistente, debía de estar cenando. A la derecha, se apreciaba una luz más intensa y un ronroneo amortiguado: el garaje, donde Roger, el chófer, probaba el motor del Mercedes. Por último, el gran salón, cuyas oscuras cortinas tan sólo dejaban filtrar estrechos rayos de luz.

Lafargue levantó la vista hacia el primer piso y su mirada se detuvo en las ventanas de las habitaciones de Ève. Una tenue claridad, un postigo entreabierto por donde escapaban las tímidas notas de un piano, los primeros compases de esa canción, *The Man I Love*...

Reprimió un gesto de irritación y, apretando el paso, entró en la casa. Tras cerrar de un portazo, se dirigió casi corriendo a la escalera y subió los peldaños conteniendo el aliento. Al llegar arriba levantó el puño, pero en el último momento se retuvo y se resignó a llamar suavemente con el nudillo del dedo índice.

Abrió los tres cerrojos que atrancaban por fuera la puerta de los aposentos donde vivía la que se obstinaba en hacer oídos sordos a su llamada.

Sin hacer ruido, cerró la puerta y se adentró en la salita. La estancia estaba sumida en la oscuridad; tan sólo la lámpara que había sobre el piano difundía una claridad tamizada. Al fondo de la habitación contigua, la última de los aposentos, el lívido neón del cuarto de baño arrojaba una deslumbrante mancha.

Se acercó en la penumbra al equipo de música y bajó el volumen a cero, interrumpiendo las primeras notas de la melodía que seguía en el disco a *The Man I Love*.

Dominó su cólera para formular un comentario acerbo —aunque expresado en un tono neutro y exento de reproches— sobre el tiempo razonable que se puede tardar en maquillarse y elegir el vestido y las joyas apropiadas para el tipo de velada a la que Ève y él estaban invitados.

A continuación entró en el cuarto de baño y, al ver a la joven tranquilamente sumergida en una densa espuma azulada, reprimió un reniego. Exhaló un suspiro. Su mirada se cruzó con la de Ève; el desafío que intuyó en sus ojos le suscitó una carcajada de sarcasmo. Meneó la cabeza antes de salir, casi divertido por esas niñerías.

Una vez en el salón, en la planta baja, se sirvió un whisky del bar instalado junto a la chimenea y se lo bebió de un trago. El alcohol le quemó el estómago y su rostro se contrajo en una mueca involuntaria. Se dirigió entonces hacia el interfono que comunicaba con los aposentos de Ève, pulsó la tecla y carraspeó antes de gritar, con la boca pegada a la rejilla de plástico:

—¡Haz el favor de darte prisa, zorra!

Ève dio un brusco respingo cuando los dos altavoces de trescientos vatios empotrados en las paredes de la salita reprodujeron a todo volumen el berrido de Richard.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo mientras salía sin prisa de la inmensa bañera circular y se ponía un albornoz; luego se sentó ante el tocador y comenzó a maquillarse manejando el lápiz de ojos con rapidez y soltura.

El Mercedes, conducido por Roger, salió de la villa de Le Vésinet para dirigirse a Saint-Germain. Richard observaba a Ève, sentada en actitud indolente a su lado. La joven fumaba distraídamente, acercando con regularidad la boquilla de marfil a sus finos labios. Las luces de la ciudad penetraban de forma intermitente en el interior del coche y arrancaban efímero» destellos al ajustado vestido de seda negra.

Ève mantenía la cabeza echada hacia atrás y Richard no podía verle la cara, iluminada tan sólo por el resplandor rojizo del cigarrillo.

No se quedaron mucho rato en la fiesta, organizada por algún especulador que, de este modo, pretendía darse a conocer entre la élite de la zona. Ève y Richard, tomados del brazo, pasearon entre los invitados. En el jardín, una orquesta tocaba una música suave. Junto a las mesas y los bufets diseminados por los senderos, los invitados formaban grupos.

No pudieron esquivar a una o dos sanguijuelas mundanas y tuvieron que beber varias copas de champán para brindar en honor del anfitrión. Lafargue se encontró con algunos colegas, entre ellos un miembro del Colegio de Médicos, quienes lo felicitaron por su último artículo, publicado en *La revue du praticien*. En el transcurso de la conversación, incluso prometió dar una conferencia sobre la cirugía reparadora del seno durante el congreso de especialistas que se celebraría en el hospital Bichat. Más tarde se maldijo por haberse dejado convencer, cuando habría podido negarse educadamente a esa petición.

Ève permaneció apartada; parecía pensativa. Disfrutaba de las miradas concupiscentes que algunos invitados se arriesgaban a dirigirle y se deleitaba respondiendo a ellas con un mohín de desprecio casi imperceptible.

Se separó un momento de Richard para acercarse a la orquesta y pedir que tocaran *The Man I Love*. Cuando sonaron los primeros compases, suaves y lánguidos, ella ya estaba de vuelta junto a Lafargue. Una sonrisa burlona afloró a sus labios cuando una expresión de dolor apareció en el rostro del médico. Este la sujetó con delicadeza por la cintura para alejarla un poco de la gente. El saxofonista comenzó a ejecutar un solo quejumbroso y Richard tuvo que refrenarse para no abofetear a su compañera.

Hacia medianoche se despidieron del anfitrión y regresaron a la villa de Le Vésinet. Richard acompañó a Ève a su habitación. Sentado en el sofá, contempló cómo se desnudaba, cosa que ella hizo primero de modo maquinal, luego con languidez, de cara a él, mirándolo con ironía.

Ève se plantó delante de Richard con los brazos en jarras y las piernas separadas. El vello de su pubis quedaba a la altura de la cara del cirujano. El se encogió de hombros y se levantó para ir a buscar una caja nacarada que estaba en una balda de la estantería. Ève se tumbó sobre la alfombra mientras Richard se sentaba a su lado con las piernas cruzadas. Enseguida abrió la caja y sacó una larga pipa y unas bolitas aceitosas envueltas en papel de plata.

Llenó cuidadosamente la pipa y sostuvo una cerilla encendida bajo la cazoleta antes de tendérsela a Ève. Ésta dio largas caladas y un desagradable olor invadió el cuarto. Tendida de costado, en posición fetal, la joven fumaba mirando fijamente a Richard. Al cabo de un momento, su mirada se enturbió y se volvió vidriosa... Richard ya había empezado a preparar otra pipa.

Una hora más tarde, la dejó sola después de haber atrancado con los tres cerrojos la puerta de acceso a sus aposentos. Ya en su habitación, el médico se desnudó y contempló durante un buen rato su rostro en el espejo. Dirigió una sonrisa a su imagen, a su cabello canoso, a las numerosas y profundas arrugas que surcaban su cara. Tendió hacia delante las manos abiertas, cerró los ojos y esbozó el gesto de rasgar un objeto imaginario. Una vez acostado, se pasó horas rebulléndose entre las sábanas antes de dormirse, ya al amanecer.

2

Line, la asistente, tenía el día libre, y aquel domingo fue Roger quien preparó el desayuno. Estuvo un rato llamando a la puerta del dormitorio de Lafargue antes de obtener una respuesta.

Richard comió con apetito, mordiendo ávidamente los cruasanes recién hechos. Se sentía de buen humor, casi con ganas de bromear. Se puso unos téjanos y una camisa fina, se calzó unos mocasines y salió a dar una vuelta por el jardín.

Los cisnes nadaban de un extremo a otro del estanque. Cuando Lafargue apareció junto a las lilas, las aves se acercaron a la orilla. Él les echó unos trozos de pan y luego se agachó para que comieran de su mano.

Después echó a andar por el jardín; los macizos de florea ponían manchas de vivos colores en la extensión verde del césped recién cortado. Se dirigió a la piscina, que medía unos veinte metros y estaba situada al fondo del jardín. La calle y las villas de alrededor quedaban ocultas a la vista por una tapia que rodeaba toda la propiedad.

Encendió un cigarrillo rubio, dio una calada y se echó areír. Cuando regresó a la casa, en la mesa del *office* encontró una bandeja que Roger había dejado con el desayuno de Ève. Sujetando la bandeja, Richard pasó al salón y, pulsando con una mano la tecla del interfono, gritó a pleno pulmón:

—¡En pie! ¡A desayunar!

Acto seguido, subió al primer piso.

Abrió la puerta y entró en el dormitorio, donde Ève aún dormía en el gran lecho con baldaquino. Su cara apenas asomaba entre las sábanas y su cabellera morena, espesa y ondulada formaba una mancha negra sobre el satén de color malva.

Lafargue se sentó en el borde de la cama y dejó la bandeja junto a Ève. Ella, ya incorporada, tomó un sorbito de zumo de naranja y mordió con desgana una tostada untada con miel.

—Estamos a veintisiete —dijo Richard—. Es el último domingo del mes, ¿lo habías olvidado?

Con la mirada perdida en el vacío, la joven esbozó un débil gesto negativo.

—Bueno —añadió Richard—, dentro de tres cuartos de hora nos vamos.

Salió de los aposentos de Ève. Al llegar al salón, se acercó al interfono para gritar:

—He dicho tres cuartos de hora, ¿entendido?

Ève se había quedado inmóvil para soportar la agresión de aquella voz amplificada por los altavoces.

Llevaban ya tres horas viajando en el Mercedes cuando salieron de la autopista para tomar una pequeña y sinuosa carretera comarcal. La campiña normanda se sumía en el sopor bajo el sol estival. Richard se sirvió una soda helada y, antes de cerrar la puerta del pequeño frigorífico, le ofreció un refresco a Ève, quien lo rechazó para seguir dormitando con los ojos entornados.

Roger conducía deprisa pero con habilidad. No tardó mucho en aparcar el Mercedes a la entrada de una finca situada a las afueras de un pueblito. Un espeso bosque rodeaba la propiedad, algunos de cuyos edificios, protegidos por una verja, se alzaban muy cerca de las primeras casas del pueblo. Grupos de paseantes disfrutaban del sol sentados en el pórtico. Entre ellos circulaban varias mujeres en bata blanca, que llevaban bandejas llenas de vasitos de plástico multicolores.

Richard y Ève subieron el tramo de escalera que conducía al vestíbulo y se dirigieron al mostrador, donde una imponente recepcionista ejercía su autoridad. La chica sonrió a Lafargue, estrechó la mano de Ève y llamó a un enfermero. Ève y Richard fueron tras él y los tres entraron en un ascensor, que se detuvo en el tercer piso. Un largo pasillo ofrecía una perspectiva rectilínea con puertas a ambos lados, reforzadas y provistas de una mirilla rectangular de plástico transparente. Sin pronunciar palabra, el enfermero abrió la séptima puerta de la izquierda contando desde el ascensor y se apartó a un lado para ceder el paso a la pareja.

En la cama estaba sentada una mujer, una mujer muy joven pese a sus arrugas y su espalda encorvada. Ofrecía el penoso espectáculo de un envejecimiento prematuro, con profundos surcos en un rostro por lo demás todavía infantil. El cabello desgredado formaba una masa compacta y llena de rebujos. Los ojos, desorbitados, se movían en todas direcciones. La piel estaba cubierta de costras negruzcas. El labio inferior le temblaba espasmódicamente, y su torso se balanceaba despacio adelante y atrás, con la regularidad de un metrónomo. Sólo llevaba puesto un camisón azul sin bolsillos. Sus pies desnudos flotaban dentro de unas chinelas con borlas.

No parecía haber reparado en la llegada de los visitantes. Richard se sentó a su lado y le sujetó la barbilla para volverle la cara hacia él. La mujer era dócil, pero ni su expresión ni sus gestos dejaban traslucir el menor atisbo de sentimiento o emoción.

Richard le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia sí. El balanceo cesó. Ève, de pie junto a la cama, contemplaba el paisaje por la ventana de cristales reforzados.

—Viviane —murmuró Richard—, Viviane, cariño...

De repente se levantó y, agarrando a Ève de un brazo, la obligó a volverse hacia la enferma, que había reanudado su balanceo con la mirada perdida.

—Dásela —ordenó en un susurro.

Ève abrió el bolso para sacar una caja de bombones. Se inclinó y le tendió la caja a aquella mujer.

Manoteando, Viviane se apoderó de ella, arrancó la tapa y se puso a engullir con glotonería los bombones, uno tras otro, hasta comérselos todos. Richard la observaba aturdido.

—Bueno, ya está —dijo Ève, suspirando.

Empujó suavemente a Richard hasta hacerlo salir de la habitación. El enfermero, que esperaba en el pasillo, cerró la puerta mientras ellos dos se dirigían al ascensor.

Richard y Ève se acercaron de nuevo al mostrador de recepción para intercambiar unas palabras con la empleada. Luego, Ève le hizo una seña al chófer, que leía el periódico deportivo *L'Équipe* apoyado en el Mercedes. La pareja se acomodó en el asiento trasero y el coche tomó la carretera que llevaba a la autopista para dirigirse a la región parisiense y regresar a la villa de Le Vésinet.

Richard había encerrado a Ève en sus aposentos, en el piso de arriba, y había concedido el día libre al servicio. Se relajó en el salón y picoteó de los platos fríos que Line había preparado antes de marcharse. Eran casi las cinco de la tarde cuando se sentó al volante del Mercedes y se encaminó a París.

Aparcó cerca de la plaza de la Concorde y entró en un edificio de la calle Godot-de-Mauroy. Con el manajo de llaves en la mano, subió tres pisos a paso rápido. Abrió la puerta de un amplio estudio. En el centro de la estancia destacaba una gran cama redonda, cubierta con sábanas de satén malva, y unos grabados eróticos decoraban las paredes.

Sobre la mesita de noche había un teléfono con contestador automático. Richard puso en marcha la cinta y escuchó los mensajes. Habían dejado tres durante los dos últimos días. Voces roncas, jadeantes, voces de hombre que dejaban mensajes destinados a Ève. Anotó las horas de las citas propuestas. Salió del estudio, bajó rápidamente a la calle y montó en el coche. De regreso en Le Vésinet, se acercó al interfono y, con voz melosa, llamó a la joven.

—Ève, ¿me oyes? Tres para esta noche.

Subió al primer piso.

La encontró en la salita, pintando una acuarela. Se trataba de un paisaje sereno, idílico, un claro de bosque inundado de luz, y en el centro del cuadro, dibujado con carboncillo, el rostro de Viviane. Richard soltó una carcajada, cogió un frasco de esmalte de uñas del tocador y arrojó el contenido sobre la acuarela.

—¿Es que no piensas cambiar nunca? —susurró.

Ève se había levantado y guardaba metódicamente los pinceles, las pinturas, el caballete. Richard la atrajo hacia sí hasta que sus rostros quedaron prácticamente pegados y murmuró:

—Te agradezco sinceramente la docilidad con que te pliegas a mis deseos.

Los rasgos de Ève se crisparon y de su garganta brotó un largo gemido, sordo y grave. Un brillo de cólera apareció en su mirada.

—¡Suéltame, macarra de mierda!

—¡Vaya! Tiene gracia..., sí... Cuando te rebelas estás encantadora, de verdad.

Ella se había zafado de su abrazo. Se retocó la melena y se recompuso la ropa.

—¿Esta noche? —dijo—. ¿Es eso lo que de verdad quieres? Muy bien, ¿cuándo nos vamos?

—Ahora mismo.

No intercambiaron una sola palabra durante el trayecto. Sin haberse dicho nada todavía, entraron en el estudio de la calle Godot-de-Mauroy.

—Prepárate, no tardarán —ordenó Lafargue.

Ève abrió un armario y se desnudó. Guardó su ropa antes de ponerse unas botas negras muy altas, una falda de cuero y unas medias de malla. Para completar el disfraz, se maquilló con polvos blancos y carmín rojo. A continuación se sentó en la cama.

Richard salió del estudio para entrar en el cuarto de al lado. En la pared medianera, un espejo sin azogue le permitía observar sin ser visto cuanto sucedía en la habitación donde aguardaba Ève.

El primer cliente, un comerciante sesentón, asmático y con el rostro congestionado, llegó una media hora tarde. El segundo, que se presentó hacia las nueve, era un farmacéutico de provincias que visitaba a Ève con regularidad y se contentaba con verla deambular desnuda por el reducido espacio de la habitación. Al tercero, Ève tuvo que hacerle esperar, pues el hombre había llamado poco antes por teléfono, casi sin aliento. Se trataba de un joven de buena familia, homosexual reprimido, que caminaba arriba y abajo profiriendo insultos y masturbándose, mientras Ève, tomándolo de la mano, lo acompañaba en sus desplazamientos.

Al otro lado del espejo, Richard disfrutaba con este espectáculo, riendo en silencio mientras se balanceaba en una mecedora y regocijándose cada vez que la joven esbozaba una mueca de asco.

Cuando todo hubo terminado, el cirujano se reunió con ella. Ève se quitó las prendas de cuero para ponerse un traje de chaqueta de corte sobrio.

—¡Ha sido perfecto! Eres perfecta... Maravillosa, paciente. —Vamos... —murmuró Richard.

Le ofreció el brazo y la llevó a cenar a un restaurante eslavo. Repartió billetes entre los músicos de la orquesta cingara que se habían apiñado alrededor de su mesa, los mismos billetes que había recogido de la mesita de noche donde los clientes de Ève los depositaban a cambio de sus servicios.

...Recuerda. Era una noche de verano. Hacía un calor espantoso, húmedo, insoportablemente pesado. Se acercaba una tormenta que no acababa de estallar. Montaste en la moto para lanzarte a correr en la oscuridad. El aire de la noche, pensabas, me sentará bien.

Conducías deprisa. El viento te hinchaba la camisa y te levantaba los faldones, haciéndolos restallar. Los insectos se estrellaban contra tu cara y tus gafas, pero ya no tenías calor.

Pasó un buen rato antes de que te alarmara la presencia de aquellos dos faros blancos que penetraban las tinieblas siguiendo tu estela. Unos ojos eléctricos inexorablemente clavados en ti. Preocupado, aceleraste al máximo el motor de la 125, pero el coche que te seguía era potente y no tuvo ninguna dificultad en mantenerse pegado a ti.

Zigzagueabas por el bosque, al principio inquieto, luego cada vez más asustado ante la insistencia de aquella mirada que no se apartaba de ti. A través del retrovisor, viste que el conductor viajaba solo. No parecía querer acercarse.

Finalmente, la tormenta estalló. Empezó con una lluvia fina que al poco se convirtió en aguacero. Después de cada curva, el coche aparecía de nuevo. Empapado, te estremeciste. El indicador de la gasolina de la 125 comenzó a parpadear peligrosamente. Sólo quedaba combustible para unos cuantos kilómetros. De tanto dar vueltas y más vueltas por el bosque, te habías perdido. Ya no sabías qué dirección tomar para ir al pueblo más cercano.

La calzada estaba resbaladiza, así que redujiste la velocidad. Súbitamente, el coche se acercó, se situó a tu altura e intentó arrinconarte hacia el arcén.

Frenaste y la moto dio un giro de ciento ochenta grados. Mientras acelerabas para alejarte en dirección contraria, oíste el chirrido de sus frenos: él también había maniobrado y continuaba siguiéndote. Era noche cerrada y la tromba de agua que caía del cielo te impedía distinguir la carretera que se extendía ante ti.

De repente, dirigiste la rueda delantera hacia un talud, confiando en atajar a través de la maleza, pero el barro te hizo derrapar. La 125 cayó al suelo y el motor se caló. Levantaste la moto con gran esfuerzo.

Sentado de nuevo en el sillín, accionaste el contacto, pero ya no quedaba gasolina. Una potente linterna iluminó la maleza.

El haz de luz te sorprendió cuando corrías a esconderte tras el tronco de un árbol. Deslizaste la mano en la caña de tu bota derecha y palpaste la hoja de la daga, ese puñal de la Wehrmacht que siempre llevabas contigo.

Sí, el coche también se había detenido, y se te encogió el estómago al ver aquella figura maciza que empuñaba una escopeta. El cañón apuntaba hacia ti. La detonación se confundió con los truenos. La linterna, que estaba sobre el techo del vehículo, se apagó.

Corriste sin parar. Al apartar las ramas para abrirte paso, las manos se te cubrieron de arañazos. De vez en cuando, la linterna volvía a encenderse, un destello de luz surgía de nuevo a tu espalda, iluminando tu huida. El corazón te latía tan fuerte que no oías nada más; tus botas habían quedado cubiertas de una costra de barro que dificultaba tu carrera. Tu mano se cerraba con fuerza en torno al puñal.

¿Cuánto tiempo duró la persecución? Jadeando, avanzabas en la oscuridad, salvando los troncos caídos. Tropezaste con una raíz y caíste sobre el suelo mojado.

Tendido en el fango, oíste aquel grito, más bien un bufido. De un salto, él te pisó la muñeca, aplastándote la mano con el tacón de la bota. Soltaste el arma. Después se lanzó sobre ti. Primero te sujetó por los hombros, luego te tapó la boca con una mano y con la otra te apretó el cuello mientras te golpeaba los riñones con la rodilla. Intentaste morderle la palma de la mano, pero tus dientes sólo encontraron un puñado de tierra.

Te tenía agarrado por detrás. Permanecisteis así, pegados el uno al otro, en la oscuridad... La lluvia amainó.

3

Alex Barny descansaba en la cama plegable del cuarto abuhardillado. No hacía nada, se limitaba a esperar. El canto de las cigarras inundaba la garriga con una insistencia exasperante. A través de la ventana, Alex veía las siluetas deformes de los troncos de olivo retorciéndose en la noche, paralizados en posturas estrambóticas; con la manga de la camisa se secó la frente, impregnada de un sudor agrio.

La bombilla desnuda, colgada de un cable, atraía nubes de mosquitos; cada cuarto de hora, Alex perdía los nervios y les echaba un chorro de insecticida. En el suelo de cemento se extendía un amplio círculo negruzco de cadáveres aplastados, salpicado de minúsculos puntos rojos.

Alex se levantó trabajosamente y, apoyado en un bastón, salió del cuarto cojeando un poco para dirigirse a la cocina de aquella solitaria casa de campo, perdida en algún lugar entre Cagnes y Grasse.

El frigorífico estaba bien abastecido. Alex cogió una lata de cerveza, tiró de la anilla para abrirla y bebió. Soltó un potente eructo, abrió otra cerveza y salió de la casa con la lata en la mano. A lo lejos, al pie de las colinas tapizadas de olivos, la luz de la luna iluminaba la superficie del mar, resplandeciente bajo un cielo desprovisto de nubes.

Alex avanzó unos pasos con precaución. Sintió dolor en el muslo, unos leves pero intensos pinchazos. El vendaje le oprimía la carne. Ya hacía dos días que la herida no supuraba, pero tardaba en cerrarse. Milagrosamente, la bala había atravesado la masa muscular sin tocar la arteria femoral ni el hueso.

Alex se apoyó con una mano en el tronco de un olivo y orinó, regando con el chorro una columna de hormigas que se afanaban en trasladar un asombroso montón de ramitas.

Se acabó la cerveza chupando la lata, se enjuagó la boca y escupió. Resopló al sentarse en el banco del porche. Tras eructar de nuevo, se sacó del bolsillo del pantalón corto un paquete de Gauloises. Se había salpicado de cerveza la camiseta, ya sucia y grasienta. A través de la tela, se palpó la barriga y se pellizcó un rollo de grasa entre el índice y el pulgar. Estaba engordando. Las tres semanas que llevaba de inactividad forzosa, ocupado únicamente en descansar y comer, se estaban haciendo notar.

Alargó un pie para pisar un periódico de hacía más de quince días. La suela de la bota deportiva tapó la cara que aparecía en la primera plana. La suya. Un texto a una

columna escrito en grandes caracteres, en el que destacaban unas mayúsculas todavía mayores: su nombre, Alex Barny.

Había otra foto, ésta más pequeña: un tipo rodeando con un brazo los hombros de una mujer que llevaba un bebé en brazos. Alex carraspeó y escupió sobre el periódico. El salivazo y unas briznas de tabaco cayeron sobre el rostro del bebé. Escupió de nuevo y esta vez dio en el blanco: la cara del poli que sonreía a su reducida familia. Ese poli que ahora estaba muerto...

Alex vertió el resto de la cerveza sobre el periódico; la tinta se diluyó, emborronando la foto, y el papel se empapó. Se quedó absorto en la contemplación de los regueros que ensuciaban poco a poco la página. Luego la pisoteó para romperla.

Una sensación de angustia lo invadió. Se le empañaron los ojos, pero las lágrimas no acudieron a ellos; los sollozos que nacían en su garganta se truncaron, dejándolo desamparado. Tensó la venda del apósito, que estaba arrugada, la alisó y cambió de sitio el imperdible.

Con las manos sobre las rodillas, permaneció allí contemplando la noche. Durante los primeros días que pasó en la casa le había costado horrores soportar la soledad. La herida infectada le provocaba un poco de fiebre y los oídos le zumbaban, una desagradable sensación que se mezclaba con el canto de las cigarras. Escrutaba el campo y muchas veces le parecía que un tronco se movía; los ruidos de la noche le inquietaban. Llevaba siempre el revólver en la mano o se lo apoyaba sobre el vientre cuando se tumbaba. Llegó a temer por su cordura.

La bolsa que contenía los billetes estaba junto a la cama. Alex solía alargar el brazo hacia el suelo y metía la mano entre los fajos, que removía y palpaba, disfrutando de ese contacto.

Tenía momentos de euforia en los que, de repente, se echaba a reír y se decía que después de todo no podía pasarle nada. Seguro que no lo encontrarían. Allí estaba a salvo. No había ninguna edificación a menos de un kilómetro de distancia. Sólo unos cuantos turistas holandeses y alemanes que habían comprado casas de labranza en ruinas para pasar las vacaciones, *hippies* con rebaños de cabras, un alfarero... En resumidas cuentas, nada que temer. Durante el día, a veces observaba la carretera y los alrededores con unos prismáticos. Los turistas daban largos paseos y recogían flores. Los hijos eran asombrosamente rubios; había dos niñas pequeñas y un niño un poco mayor. Su madre tomaba el sol, desnuda en la terraza de la casa. Alex la espiaba mientras se palpaba la entrepierna mascullando.

Entró en el comedor para hacerse una tortilla. Se la comió en la misma sartén, rebañando los residuos viscosos de huevo crudo. Luego jugó a los dardos, pero no tardó en cansarse de ir y volver después de cada lanzamiento para recuperar los proyectiles. Había también *un flipper*, que llevaba una semana estropeado.

Puso la tele. Dudó entre ver una película del Oeste en FR3 o un programa de variedades en la primera cadena. La película contaba la historia de un bandido que se había convertido en juez tras haber aterrorizado a todo un pueblo. El tipo en cuestión estaba chiflado, andaba por ahí acompañado de un oso y tenía la cabeza en una posición extraña, inclinada hacia un lado: el bandido juez había sobrevivido a un intento de ahorcamiento... Alex quitó el sonido.

Él había visto en una ocasión a un juez, uno de verdad, con la toga roja y esa especie de cuello de piel blanco que se ponen. Fue en el Palacio de Justicia de París. Lo había llevado Vincent para que asistiera al juicio de una causa criminal. Vincent, el único amigo de Alex, estaba un poco loco.

Ahora, Alex se encontraba en un buen lío. En una situación como ésta, pensaba, Vincent habría sabido qué hacer... ¿Cómo salir de ese agujero sin que lo pillara la poli? ¿Cómo utilizar los billetes, que seguro que estaban registrados? ¿Cómo salir del país y desaparecer hasta que se olvidaran de él? Vincent hablaba inglés, español...

Además, para empezar, Vincent no habría metido la pata de una forma tan tonta. Habría previsto la presencia del poli, la existencia de esa cámara oculta en el techo que había grabado las hazañas de Alex. ¡Y qué hazañas! La irrupción en la sucursal gritando, el revólver apuntando al cajero...

A Vincent se le habría ocurrido estudiar los movimientos de los clientes habituales de los lunes, sobre todo a ese poli, que siempre tenía el mismo día libre y entraba a las diez en el banco para sacar dinero antes de ir de compras a Carrefour. Vincent se habría puesto un pasamontañas, habría disparado contra la cámara... Alex llevaba un pasamontañas, pero el poli se lo había quitado. Vincent se habría apresurado a cargarse a ese tipo que había querido hacerse el héroe. Puestos a matar...

Pero Alex —paralizado de estupor por un instante, una fracción de segundo, antes de tomar la decisión: hacer fuego en el acto— se había dejado sorprender. Alex había sido herido en el muslo, Alex había escapado arrastrándose, chorreando sangre, cargando la bolsa llena de billetes. ¡Sí, por supuesto que Vincent habría salido mejor parado!

Pero Vincent ya no estaba allí. Nadie sabía dónde se había metido. ¿Habría muerto? En cualquier caso, su ausencia había resultado desastrosa.

Sin embargo, Alex había aprendido. Tras la desaparición de Vincent, había trabado amistad con gente que le había facilitado documentación falsa y ese escondite perdido en la campiña provenzal. En los casi cuatro años transcurridos desde la desaparición de Vincent, Alex había cambiado por completo. La granja de su padre, el tractor y las vacas quedaban muy lejos. Lo habían contratado de vigilante en un club nocturno de Meaux. Los sábados por la noche, sus enormes manazas a veces causaban estragos entre los clientes borrachos y pendencieros. Alex llevaba trajes elegantes, lucía un gran anillo, tenía coche..., ¡casi se había convertido en todo un señor!

A fuerza de dar palos por cuenta ajena, había llegado a la conclusión de que, después de todo, no estaría nada mal hacerlo por la suya propia. Alex había dado

palos a diestro y siniestro, una y otra vez. A altas horas de la noche, en París, en los barrios selectos, a la salida de los clubes, de los restaurantes... Una auténtica cosecha de carteras más o menos abultadas, montones de tarjetas de crédito, muy prácticas para pagarse su nuevo vestuario, ahora considerable.

Con el tiempo, Alex se hartó de dar palos tan fuerte y tan a menudo para obtener un rendimiento que, en resumidas cuentas, era ridículo. Si daba un buen palo una sola vez en un banco, nunca más tendría que hacerlo en toda su vida.

Estaba apoltronado en un sillón, con los ojos clavados en la pantalla de la tele, ahora vacía. Un ratón pasó chillando junto al zócalo de la pared, muy cerca de su mano. Alex alargó rápidamente el brazo y sus dedos se cerraron en torno al pequeño cuerpo peludo. Sentía latir atropelladamente el minúsculo corazón. Recordó el campo, las ruedas del tractor que hacían salir corriendo a las ratas, los pájaros escondidos en los setos.

Se acercó el ratón a la cara y empezó a apretar suavemente. Sus uñas se hundían en el pelaje sedoso. Los chillidos se volvieron más agudos. Entonces vio de nuevo la página de periódico, los grandes caracteres, la foto encerrada entre columnas de palabrería periodística.

Se levantó, salió al porche y, en la oscuridad, lanzó con todas sus fuerzas el ratón a lo lejos.

...Tenías aquel gusto de tierra mohosa en la boca, todo aquel fango viscoso bajo el cuerpo, aquel contacto tibio y suave contra el torso —la camisa se había rasgado—, olor a musgo, a madera podrida. Y sus manos atenazándote el cuello, tapándote la cara, unos dedos crispados que te aprisionaban, aquella rodilla clavada en tus riñones con todo el peso de su cuerpo, como si quisiera hundirte en el suelo para hacerte desaparecer.

El jadeaba, aunque ya empezaba a recobrar el aliento. Tú ya no te movías; esperar, simplemente había que esperar. El puñal estaba allí, sobre la hierba, en algún lugar a tu derecha. Pronto tendría que aflojar la presión. Entonces podrías apartarlo de un empujón, derribarlo, apoderarte de la daga y matarlo, matarlo, rajarle el vientre a aquel cerdo.

¿Quién era? ¿Un loco? ¿Un sádico que buscaba a sus víctimas en el bosque? Se hacían eternos los segundos que llevabais los dos tendidos, dolorosamente abrazados en el fango, acechando cada uno la respiración del otro en la oscuridad. ¿Quería matarte? ¿Violarte antes, quizá?

El bosque permanecía en completo silencio, inerte, como despojado de todo rastro de vida. El no decía nada, su respiración se había sosegado. Tú esperabas un gesto. ¿Su mano bajando hacia tu sexo? Algo así... Poco a poco habías logrado controlar tu terror, sabías que estabas dispuesto a luchar, a clavarle los dedos en los ojos, a buscar su garganta para morderlo. En cambio, no pasaba nada. Seguías allí, debajo de él, aguardando.

Entonces se echó a reír. Era una risa alegre, sincera, pueril. La risa de un chiquillo que acaba de recibir el regalo de Navidad. La risa cesó y oíste su voz, serena, inexpressiva.

—No temas, jovencito, no te muevas, no voy a hacerte daño...

Apartó la mano izquierda para encender la linterna. El puñal, efectivamente, estaba allí, sobre la hierba, apenas a veinte centímetros. Pero él te pisó la muñeca con más fuerza antes de arrojar la daga a lo lejos. Tu última oportunidad...

Dejó la linterna en el suelo y, agarrándote del pelo, volvió tu cara hacia el haz de luz amarilla. La luz te cegaba. El habló de nuevo.

—Sí..., eres tú.

Su rodilla se te clavaba cada vez más en la espalda. Gritaste, pero él te tapó la cara con un trapo que despedía un olor raro. Te esforzaste por no perder el conocimiento, pero cuando te soltó, muy despacio, ya estabas aturdido. Un gran torrente negro, borboteante, se precipitaba hacia ti.

Tardaste mucho rato en emerger del sopor. Tus recuerdos eran confusos. ¿Habías tenido una pesadilla, un sueño horrible, mientras dormías?

No, todo seguía oscuro, como en el sueño, aunque ya habías despertado. Gritaste durante largo rato. Intentaste moverte, levantarte.

En vano: unas cadenas te sujetaban las muñecas y los tobillos, limitando tus movimientos. En la oscuridad, palpaste el suelo sobre el que estabas tendido, un suelo duro, recubierto de una especie de hule. Y detrás, una pared forrada de espuma en la que estaban firmemente insertadas las cadenas. Tiraste de ellas apoyando un pie en la pared, pero habrían podido resistir una tracción mucho más fuerte.

De pronto fuiste consciente de tu desnudez. Estabas desnudo, completamente desnudo, encadenado a una pared. Nervioso, te palpaste en busca de heridas cuyo dolor hubiera permanecido dormido, pero tu fina piel no mostraba marca alguna.

En aquella oscura habitación no hacía frío. Estabas desnudo, pero no tenías frío. Llamaste, gritaste, rugiste... Después lloraste golpeando la pared con los puños, sacudiendo las cadenas, bramando de rabia y de impotencia.

Imaginabas que llevabas horas gritando. Te sentaste en el suelo, sobre el hule. Pensaste que te habían drogado, que todo eso eran alucinaciones, que estabas delirando... O que habías muerto esa noche en la carretera, mientras circulabas en moto; por el momento no guardabas recuerdo de tu muerte, pero quizá lo recuperarías. Sí, la muerte era eso, estar encadenado en la oscuridad sin saber absolutamente nada...

Pero no, vivías. Chillaste de nuevo. El sádico te había atrapado en el bosque; sin embargo, no te había hecho ningún daño, nada.

«Me he vuelto loco...» Eso pensaste también. Tenías la voz rota, ronca, debilitada, la garganta seca, no podías seguir gritando.

Entonces sentiste sed.

Dormiste. Al despertar, la sed seguía allí, agazapada en la oscuridad, esperándote. Había velado pacientemente tu sueño. Tenaz e insidiosa, te oprimía la garganta: un polvo rasposo y denso que te recubría el interior de la boca y cuyas motas crujían entre tus dientes. No eran simples ganas de beber, no, sino algo muy distinto que no habías sentido hasta entonces y cuyo nombre, sonoro y claro, restallaba como un latigazo: sed.

Intentaste pensar en otra cosa. Recitaste poemas mentalmente. De vez en cuando, te ponías en pie para pedir ayuda al tiempo que golpeabas la pared. Vociferabas: «¡ Tengo sed!», luego murmurabas: «¡Tengo sed!», finalmente sólo podías pensar: «¡Tengo sed!» Gimoteando, imploraste, suplicaste que te dieran de beber. Lamentaste haber orinado al principio, al principio de todo. Habías tirado al máximo de las cadenas para mear lejos, a fin de mantener limpio el trozo de hule extendido sobre el suelo que te servía de lecho. Voy a morir de sed, debería haberme bebido mis propios meados...

Dormiste más. ¿Horas o sólo unos minutos? Imposible saberlo, desnudo en la oscuridad, sin ningún punto de referencia.

Transcurrió mucho tiempo. De pronto lo entendiste: ¡se trataba de un error! Te habían confundido con otro, no era a ti a quien querían torturar. Así que hiciste acopio de las últimas fuerzas que te quedaban para gritar:

—¡Señor, venga, se lo suplico! ¡Se ha equivocado! ¡Soy Vincent Moreau! ¡Se ha equivocado! ¡Soy Vincent Moreau! ¡Vincent Moreau!

Entonces recordaste la linterna en el bosque. El haz de luz amarilla en tu rostro y su voz, queda, diciendo: «Eres tú.»

De modo que sí, eras tú.

SEGUNDA PARTE

EL VENENO

1

Aquel lunes, Richard Lafargue se levantó temprano. Le esperaba un día muy ajetreado. Nada más saltar de la cama, dio unas brazadas en la piscina y desayunó en el jardín saboreando el sol matinal mientras leía distraídamente los titulares de la prensa.

Roger lo esperaba al volante del Mercedes. Antes de marcharse, fue a saludar a Ève, que aún dormía. Le dio unos cachetes en las mejillas para despertarla. La joven se incorporó de un salto, aturdida. La sábana había resbalado y Richard observó la graciosa curva de sus pechos. La acarició con la yema del dedo índice, subiendo desde la piel de las costillas hasta la areola.

Ève no pudo contener la risa; le asió la mano y la dirigió hacia su vientre. Richard se apartó instintivamente. Se levantó y salió de la habitación. Ya en la puerta, se volvió. Ève había apartado por completo la sábana y le tendía los brazos. Entonces fue él quien se echó a reír.

—¡Idiota! —dijo Ève con rabia—. ¡Te mueres de ganas!

Él se encogió de hombros, dio media vuelta y se marchó.

Una media hora más tarde, se encontraba en el hospital, en el centro de París. Dirigía el servicio de cirugía plástica, que había alcanzado fama internacional. Pero sólo iba allí por las mañanas; las tardes las reservaba para la clínica de su propiedad, en Boulogne.

Se encerró en su despacho a fin de estudiar la intervención que tenía programada para ese día. Sus ayudantes lo esperaban con impaciencia. Tras haberse tomado el tiempo necesario para reflexionar, se puso las prendas esterilizadas y entró en el quirófano.

Alrededor de la sala había un anfiteatro elevado, que quedaba separado del quirófano por un cristal. Los numerosos espectadores —médicos y estudiantes— oyeron la voz de Lafargue deformada por el altavoz mientras el cirujano exponía el caso.

—Bien, tenemos extensas capas queloideas en la frente y las mejillas, consecuencia de una quemadura provocada por la explosión de un «hervidor químico». La pirámide nasal es prácticamente inexistente y los párpados están destrozados. Como ven, es el caso típico que precisa tratamiento mediante colgajos cilíndricos... Recurriremos a los brazos y al abdomen...

Con ayuda de un bisturí, Lafargue ya había comenzado a cortar grandes rectángulos de piel del vientre del paciente. Por encima de él, los rostros de los espectadores se agolpaban contra el cristal. Una hora más tarde, podía mostrar el primer resultado: trozos de piel, cosidos en forma de cilindro, partían de los brazos y del vientre e iban a aplicarse a la cara, devastada por las quemaduras. Esa doble ligadura permitiría regenerar el revestimiento facial, totalmente deteriorado.

Cuando se llevaron al paciente, Lafargue se quitó la mascarilla y añadió algunas explicaciones.

—En este caso, el plan operatorio estaba condicionado por la urgencia. Huelga decir que será preciso repetir la intervención varias veces antes de obtener un resultado satisfactorio.

Dio las gracias al auditorio por la atención que le habían prestado y salió del quirófano. Eran más de las doce. Lafargue se dirigió a un restaurante cercano. En el camino, pasó por delante de una perfumería y entró para comprar un frasco de perfume que pensaba regalarle a Ève esa misma noche.

Después de comer, Roger lo condujo en el coche a Boulogne. La consulta empezaba a las dos de la tarde. Lafargue atendió rápidamente a sus pacientes: una joven madre de familia con su hijo, afectado de labio leporino, y varios candidatos a rinoplastias: el lunes era el día de las narices. Las había para todos los gustos: rotas, prominentes, desviadas... Lafargue les palpaba el rostro a ambos lados del tabique nasal y les mostraba fotos de «antes» y «después». La mayoría eran mujeres, pero también acudían algunos hombres.

Cuando la consulta hubo terminado, trabajó a solas estudiando las últimas revistas estadounidenses. Roger fue a recogerlo a las seis.

De regreso en Le Vésinet, llamó a la puerta de los aposentos de Ève y recorrió los cerrojos. Ève estaba sentada al piano, desnuda, y tocaba una sonata sin dar señales de haberse percatado de la presencia de Richard, a quien daba la espalda. El cabello negro y ondulado se agitaba sobre sus hombros cada vez que ella movía la cabeza mientras pulsaba con fuerza las teclas. Richard admiró su espalda, torneada y musculosa, los dos hoyuelos bajo los riñones, sus nalgas... De repente, Ève interrumpió la sonata, ligera y aterciopelada, para atacar los primeros compases de ese tema que Richard tanto odiaba. Canturreó con voz ronca, exagerando los tonos

graves: *So me day, he'll come along, The Man I love...* De pronto introdujo un acorde disonante para interrumpir la pieza y, con una torsión de la cintura, hizo girar el taburete. Permaneció sentada frente a Richard con las piernas abiertas y las manos sobre las rodillas, en una postura obscena y desafiante.

Durante unos segundos, él no pudo apartar los ojos del vello castaño que cubría su pubis. Ella frunció el entrecejo y, con lentitud, abrió todavía más las piernas, se introdujo un dedo en la hendidura del sexo y se separó los labios, gimiendo.

—¡Basta! —gritó Richard.

Con un ademán desmañado, le tendió el frasco de perfume que había comprado por la mañana. Ella lo miró con una expresión irónica. Richard dejó el paquete sobre el piano, le lanzó una bata y le ordenó que se cubriera.

Tras haber rechazado la bata, Ève se levantó de un salto y se acercó a él deshaciéndose en sonrisas. Le pasó los brazos en torno al cuello y frotó su pecho contra el torso de Richard. El tuvo que retorcerle las muñecas para desasirse.

—¡Arréglate! —ordenó—. Ha sido un día espléndido. Vamos a salir.

—¿Me visto de puta?

Richard se abalanzó sobre ella, le rodeó el cuello con las manos y apretó, manteniéndola a distancia. Repitió la orden. Ève se asfixiaba con una mueca de dolor, de modo que tuvo que soltarla enseguida.

—Perdona —masculló—. Por favor, vístete.

Nervioso, bajó al salón. Decidió calmarse abriendo el correo. Detestaba ocuparse de los detalles materiales de la gestión de la casa, pero la llegada de Ève lo había obligado a despedir a la persona que antes se encargaba de esas tareas administrativas.

Calculó las horas extraordinarias que le debía a Roger y las siguientes vacaciones pagadas de Line, pero se equivocó con las tarifas por horas y tuvo que empezar de nuevo. Aún seguía rodeado de papeles cuando Ève apareció en el salón.

Estaba resplandeciente. Se había puesto un vestido escotado de lame negro y un collar de perlas. Se inclinó hacia él y Richard reconoció en su blanca piel el olor del perfume que acababa de regalarle.

Ella le sonrió y lo tomó del brazo. Richard se sentó al volante del Mercedes y condujo unos minutos antes de estacionar el coche en el bosque de Sain-Germain, lleno de paseantes atraídos por la placidez de la noche.

Ève caminaba a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro. Primero avanzaron en silencio; luego, él le contó la operación de la mañana.

—Me aburres... —protestó ella.

Richard se calló, un poco ofendido. Ève le había tomado la mano y lo observaba con expresión divertida. La joven decidió sentarse en un banco.

—Richard...

Él parecía ausente y tuvo que llamarlo de nuevo. Al final se volvió hacia ella.

—Me gustaría ver el mar... Hace tanto tiempo... Me encantaba nadar, ¿sabes? Un día, sólo uno. Después haré lo que tú quieras...

Richard se encogió de hombros y adujo que el problema no era ése.

—Te prometo que no me escaparé...

—Tus promesas no tienen ningún valor. Además, ya haces lo que yo quiero.

Richard esbozó un ademán de fastidio y le pidió que no insistiera. Se levantaron y dieron unos pasos hasta llegar al borde del agua. Unos jóvenes practicaban windsurf en el Sena.

Ella dijo de pronto: «Tengo hambre», y esperó la respuesta de Richard, que propuso llevarla a cenar a un restaurante cercano.

Se sentaron bajo una pérgola y un camarero fue a tomarles nota. Ella comió con apetito; él apenas tocó los platos. Ève se puso nerviosa mientras intentaba quitarle el caparazón a una cola de langosta y, exasperada por su propia torpeza, empezó a hacer muecas infantiles. Richard no pudo evitar echarse a reír. Ella también rió, y de pronto Richard se puso serio. «Dios mío —pensó—, hay momentos en que casi parece feliz. ¡Es increíble! ¡Qué injusticia!»

Ella había captado el cambio de actitud de Lafargue y decidió aprovecharse de la situación. Le indicó que se acercara a ella y le susurró al oído:

—Oye, Richard, aquel camarero no me quita ojo desde que hemos empezado a cenar. Podría quedar con él para más tarde...

—¡Cállate!

—Sí, hombre, voy al baño, le cito en el jardín y me dejo follar entre los arbustos.

Richard se había apartado de ella, pero Ève siguió hablando y riendo cada vez más fuerte.

—¿No? ¿No quieres? Podrías esconderte para verlo todo. Yo me las arreglaría para acercarme a ti. Mira, pero si se le cae la baba...

Él le echó el humo del cigarrillo en plena cara, pero Ève no callaba.

—¿De verdad que no? Sería en un visto y no visto, me subiría el vestido y... Vaya, pues al principio te gustaba mucho así...

«Al principio», efectivamente, Richard llevaba a Ève a un parque —Vincennes o Boulogne— y la obligaba a entregarse a los transeúntes nocturnos mientras él observaba su degradación escondido entre los árboles. Luego, por miedo a una redada policial, que habría sido catastrófica para él, había alquilado el estudio de la calle Godot-de-Mauroy. Desde entonces, prostituía a Ève dos o tres veces al *mes*. Esa frecuencia bastaba para aplacar su odio.

—Hoy te has propuesto ser insoportable —dijo Richard—. ¡Casi me das lástima!

—No te creo —repuso ella.

«Quiere provocarme —pensó Richard—, pretende convencerme de que se ha instalado cómodamente en el fango donde la obligo a vivir, que disfruta envileciéndose...»Ella proseguía su juego, atreviéndose incluso a dirigir un elocuente guiño al camarero, que se sonrojó hasta las orejas.

—¡Venga, vámonos! —exclamó Richard—. Esto ya ha durado demasiado. Si tanto te preocupa «complacerte», mañana por la noche iremos a ver las citas que tienes, o quizá te pida que hagas un poco la calle...

Ève sonrió y le agarró la mano para no perder el dominio de sí misma. Él sabía lo penosas que le resultaban esas relaciones y lo mucho que sufría cada vez que la obligaba a vender su cuerpo. A veces, durante esos encuentros, Richard veía a través del espejo falso del estudio cómo a Ève se le llenaban los ojos de lágrimas, cómo se contraía su rostro a causa del asco contenido. Y él se regocijaba con ese sufrimiento, que era su único consuelo.

Regresaron a la villa de Le Vésinet. Ève echó a correr por el jardín, se desnudó con presteza y se zambulló en la piscina gritando de contento. Jugeteaba en el agua y se sumergía para salir a la superficie al cabo de un momento.

Cuando salió de la piscina, él la envolvió en una gran toalla y la frotó enérgicamente. Ella le dejaba hacer mientras miraba las estrellas. Luego, Richard la acompañó a sus aposentos, donde, como todas las noches, Ève se tendió sobre la alfombra. El preparó la pipa con las bolas de opio y se la ofreció.

—Richard —murmuró la joven—, eres el tipo más cerdo que he conocido en toda mi vida...

Él la observó con atención para asegurarse de que consumía la dosis diaria de droga. Ya no era preciso obligarla; hacía tiempo que se había convertido en una necesidad para ella.

Después de la sed vino el hambre. A la sequedad de la garganta, a esas piedrecillas de cantos prominentes que te desgarraban la boca, se sumaron dolores profundos y difusos en el vientre; manos que te retorcían el estómago, llenándolo de acideces y calambres...

Llevabas días —sí, para que te doliera tanto tenía que haber transcurrido mucho tiempo— metido en ese cuchitril. ¿Un cuchitril? No..., ahora te parecía que tu prisión era bastante grande, aunque no podías afirmarlo con rotundidad. El eco de tus gritos en las paredes y tus ojos acostumbrados a la oscuridad casi te permitían «ver» los límites de tu celda.

Delirabas sin cesar, a lo largo de horas interminables. Postrado en el camastro, ya no te levantabas. A veces descargabas tu rabia contra las cadenas, mordías el metal profiriendo débiles gruñidos de fiera salvaje.

En una ocasión habías visto una película, un documental sobre la caza, imágenes patéticas de un zorro que, tras haber caído en una trampa, se había mordido la pata, arrancándose la carne a jirones, hasta lograr liberarse y huir mutilado.

Tú no podías morderte las muñecas y los tobillos. Sin embargo, estaban ensangrentados debido al incesante roce del metal contra la piel. Los notabas calientes e hinchados. Si hubieras estado en condiciones de pensar, habrías temido que se gangrenaran, que se infectaran, y que la podredumbre se extendiera desde los miembros hasta acabar invadiéndote todo el cuerpo.

En cambio sólo pensabas en agua, torrentes, lluvia, cualquier cosa que se pudiera beber. Te costaba muchísimo orinar; la micción te provocaba dolores cada vez más intensos en los riñones. Era una larga quemazón que descendía por tu sexo, que liberaba apenas unas gotas calientes. Te revolcabas en tus excrementos, que formaban costras secas sobre tu piel.

A pesar de todo ello, tu sueño era plácido. Dormías profundamente, agotado de cansancio, pero el despertar era atroz, estaba poblado de alucinaciones. Criaturas monstruosas te acechaban en la oscuridad, dispuestas a abalanzarse sobre ti para devorarte. Te parecía oír garras de uñas afiladas rascando el cemento, ratas aguardando en la oscuridad, espiándote con sus ojos amarillos.

Llamabas a Alex, y ese grito se reducía a un carraspeo. Si él hubiera estado allí, habría arrancado las cadenas, habría subido cómo hacerlo. Alex habría encontrado una solución, un ardid de campesino. ¡Alex! Debía de estar buscándote desde que habías desaparecido. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo?

Y llegó Él. Un día o una noche, imposible saberlo. Frente a ti se abrió una puerta. Un rectángulo luminoso que al principio te deslumbró.

La puerta se cerró de nuevo, pero Él había entrado, su presencia llenaba el espacio de la prisión.

Tú contuviste la respiración, atento al menor ruido, en cuclillas contra la pared, aterrorizado como una cucaracha sorprendida a plena luz. No eras más que un insecto prisionero de una araña saciada, que te guardaba como reserva para una comida futura. Te había capturado para saborearte con toda tranquilidad cuando le apeteciera degustar tu sangre. Imaginabas sus patas peludas, sus grandes ojos saltones, implacables, su vientre blando, atiborrado de carne, vibrante, gelatinoso, y sus colmillos venenosos, su boca negra que iba a chuparte la vida.

De repente, un potente foco te cegó. Allí estabas, único actor en el escenario de tu muerte inminente, ataviado para interpretar el último acto. Vislumbrabas una silueta sentada en un sillón, unos tres o cuatro metros delante de ti. Pero el contraluz que producía el haz del foco te impedía distinguir los rasgos del monstruo. Había cruzado las piernas y juntado las manos bajo la barbilla, y te contemplaba, inmóvil.

Hiciste un esfuerzo sobrehumano para incorporarte y, de rodillas, en ademán suplicante, rogaste que te diera de beber. Las palabras se enmarañaban en tu boca. Con los brazos extendidos hacia él, implorabas.

El no se movió. Balbuceaste tu nombre: Vincent Moreau, señor, tiene que ser un error, yo soy Vincent Moreau, ha habido un error... Y te desmayaste.

Cuando recobraste el conocimiento, él había desaparecido. Entonces conociste la desesperación. El foco continuaba encendido. Te viste el cuerpo, la piel salpicada de pústulas, los pliegues llenos de roña, las heridas causadas por las cadenas, las placas de mierda seca pegadas a los muslos.

La luz blanca y deslumbrante te hacía lagrimear. Pasó mucho rato antes de que él volviera. Se sentó de nuevo en el sillón, frente a ti. A sus pies había depositado un objeto que reconociste enseguida: una jarra... ¿Con agua? Estabas de rodillas, a cuatro patas, con la cabeza humillada. El se acercó y derramó toda el agua de la jarra sobre tu cabeza, de golpe. Bebiste del charco a lametones. Te alisaste el pelo con las manos temblorosas para que el agua se escurriera y así poder lamerla en la palma de las manos.

El fue a buscar otra jarra y te la bebiste de un trago, con avidez. Entonces, en tu vientre se abrió paso un violento dolor y expulsaste un chorro de excrementos líquidos. Él te observaba. No te volviste hacia la pared para evitar su mirada. Agachado a sus pies, te aliviaste, feliz de haber bebido. Ya no eras nada, tan sólo un animal sediento, hambriento y magullado. Un animal que mucho tiempo atrás se había llamado Vincent Moreau.

El se echó a reír, con esa risa infantil que ya habías oído en el bosque.

Regresó con frecuencia para darte de beber. En la oscuridad, detrás del foco, te parecía inmenso; su sombra, enorme y amenazadora, invadía la habitación. Sin embargo, como te daba de beber, ya no tenías miedo; el hecho de que lo hiciera, pensabas, sólo podía indicar que su intención era mantenerte con vida.

Después te llevó una escudilla de aluminio, llena de una papilla rojiza en la que flotaban bolitas de carne. Sumergió una mano en la escudilla y te agarró del pelo con la otra para echarte la cabeza hacia atrás. Comiste de su mano, le chupaste los dedos, que chorreaban salsa. Estaba bueno. Te dejó seguir comiendo a cuatro patas, con la cara medio sumergida en la escudilla. Te acabaste toda la comida que tu amo acababa de darte, sin dejar nada.

La papilla era la misma todos los días. El entraba en tu prisión, te daba la escudilla y la jarra, y te observaba mientras tú engullías. Después se iba, siempre riendo.

Poco a poco ibas recuperando las fuerzas. Guardabas parte del agua para lavarte y hacías tus necesidades siempre en el mismo sitio, a la derecha del hule.

La esperanza había renacido insidiosamente: el amo sentía interés por ti...

Alex se sobresaltó. El ruido de un motor turbaba el silencio del campo. Miró el reloj: las siete de la mañana. Bostezó; tenía la boca pastosa y la lengua estropajosa por efecto del alcohol —cerveza y después ginebra— que había tomado durante la noche para conciliar el sueño.

Alcanzó los prismáticos y examinó la carretera. Una familia de turistas holandeses al completo se había amontonado en un Land-Rover, los niños llevaban cubos y palas de plástico... Un día de playa en perspectiva. La joven madre de familia iba en biquini, y sus voluminosos pechos tensaban el fino tejido del bañador. Alex tenía una erección matinal... ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer? Como mínimo, seis semanas. Sí, la última había sido una granjera. Ya hacía mucho de aquello.

Se llamaba Annie, una amiga de la infancia. La recordaba con sus trenzas rojas en el patio del colegio. Eso ocurrió en otra vida casi olvidada, la vida de Alex el tonto, Alex el cateto. Poco antes de atracar el banco había hecho una visita a sus padres, que seguían currando igual que siempre.

Una tarde lluviosa, había entrado en el patio de la granja con su coche, un Ford cuyo motor producía un potente ronroneo. Su padre lo esperaba en la escalera del porche. Alex se sentía orgulloso de su atuendo, de sus zapatos, de su aspecto de hombre nuevo, liberado del molesto olor de la tierra.

El padre le había puesto mala cara. Hacer de matón del pueblo en los clubes nocturnos no es un oficio honesto. Pero debía de ser rentable, porque el muchacho tenía buen aspecto. Y esas manos, con las uñas cuidadas..., ¡eso había impresionado al padre! Al final, le había dirigido una sonrisa de bienvenida.

Se habían sentado uno frente al otro en la gran sala. El padre había sacado pan, embutidos y vino tinto, y se había puesto a comer. Alex se había limitado a encender un cigarrillo, renunciando a beber el vino servido en uno de esos frascos de mostaza que luego se usan como vasos. La madre permaneció de pie, mirándolos en silencio. Estaban también Louis y René, los empleados. ¿De qué hablar? ¿Del tiempo que hacía, del tiempo que iba a hacer? Alex se levantó y le dio a su padre unas palmadas afectuosas en el hombro antes de dirigirse a la calle principal del pueblo. En las ventanas de las casas, las cortinas se apartaban furtivamente: la gente miraba con disimulo al golfo, al hijo de los Barney...

Alex entró en el Café des Sports y, para impresionar a los presentes, pagó una ronda. Unos viejos jugaban a las cartas y aporreaban la mesa con el puño cada vez que mostraban su juego, mientras dos o tres críos se entretenían con un *flipper*, Alex estaba orgulloso de su éxito. Estrechó manos y bebió un trago a la salud de todo el mundo.

En la calle se cruzó con la señora Moreau, la madre de Vincent. Había sido una mujer guapa, alta, esbelta, elegante, pero a raíz de la desaparición de su hijo se había hundido de golpe, había envejecido, vestía mal. Encorvada y arrastrando los pies, entró en la cooperativa a hacer la compra.

Todas las semanas, sin excepción, visitaba la gendarmería de Meaux para preguntar cómo avanzaba la investigación del caso de su hijo, pese a que, después de cuatro años, ya no había ninguna esperanza. Ella había publicado anuncios con la foto de Vincent en innumerables periódicos, sin obtener resultado alguno. La policía se lo había dicho: en Francia se producían miles de desapariciones al año y la

mayoría de las veces la búsqueda resultaba infructuosa. La moto de Vincent estaba en el garaje; la policía la había devuelto después de haberla examinado. Todas las huellas eran de Vincent. Habían encontrado el vehículo tirado sobre un talud, con la rueda delantera torcida, sin gasolina... En el bosque no habían descubierto ninguna pista...

Alex se había quedado a dormir en el pueblo. Esa noche hubo baile, era sábado. Annie estaba allí, igual de pelirroja que de pequeña y un poco metida en carnes; trabajaba en el pueblo de al lado, en la fábrica de conservas de alubias... Alex había bailado una pieza lenta con ella antes de llevarla al bosque cercano. Habían hecho el amor en su coche, tumbados en los incómodos asientos abatibles.

Al día siguiente, Alex se marchó después de haberse despedido de los viejos dándoles un beso. Una semana más tarde, atracó la sucursal del Crédit Agricole y mató al poli. En el pueblo, todo el mundo debía de haber guardado la primera plana del periódico con la foto de Alex y la del poli y su familia.

Alex retiró el apósito; la cicatriz estaba caliente, los bordes de la herida, rojos. Esparció sobre el muslo los polvos que le había dado su amigo, cambió la gasa y volvió a vendárselo bien fuerte.

Seguía teniendo la verga tesa, la erección era casi dolorosa. Se masturbó furiosamente pensando en Annie. Nunca había estado con muchas chicas. Tenía que conformarse con las que cobraban. Cuando iba con Vincent, el asunto mejoraba bastante. Vincent sí que sabía ligar. Con frecuencia iban los dos juntos a bailar. Mientras Vincent sacaba a la pista a todas las chicas de los alrededores, Alex se instalaba en el bar y bebía cerveza sin perder de vista a su amigo. Vincent dedicaba a las chicas su encantadora sonrisa. Era la viva imagen de la inocencia. Hacía un gesto cautivador con la cabeza, una especie de invitación, y recorría con las manos la espalda de la joven, desde las caderas hasta los hombros, acariciándolas. Luego la llevaba al bar para presentársela a Alex.

Cuando todo salía bien, Alex se tiraba a la de turno después de Vincent, pero eso no siempre salía bien. Algunas se hacían las estrechas y rechazaban a Alex, que era fuerte, peludo como un oso, robusto, macizo... No, ellas preferían al enclenque, lampiño y frágil Vincent, ¡a Vincent, con su cara de no haber roto nunca un plato!

Alex se masturbaba, sumido en sus recuerdos. Su memoria, vacilante y laboriosa, le mostraba en un desfile acelerado a todas las chicas que habían compartido. «Y Vincent —pensaba—, el muy cerdo me ha abandonado. ¡A lo mejor está en Estados

Unidos, cepillándose a actrices de cine!» Junto a la cama, la foto de una mujer desnuda —procedente de un calendario— decoraba la pared encalada. Alex cerró los ojos y el semen, caliente y untuoso, le resbaló por la mano. Se limpió con una gasa y bajó a la cocina para prepararse un café bien cargado. Mientras se calentaba el agua, puso la cabeza bajo el grifo tras apartar las pilas de platos sucios que atestaban el fregadero.

Bebió despacio el contenido del bol humeante mientras masticaba el resto de un bocadillo. Fuera, el calor era sofocante; el sol ya estaba muy alto. Alex puso la radio para escuchar el concurso *La Maleta*, presentado por Drucker. El programa le traía sin cuidado, pero era divertido oír a aquellos desgraciados que no sabían responder a la pregunta y perdían el dinero prometido y codiciado... Si le traía sin cuidado era porque él no había perdido el dinero. En su maleta —no era una maleta, sino una bolsa— había cuatro millones. Una fortuna. Había contado una y otra vez los fajos, los billetes nuevos, crujientes. Había buscado en la enciclopedia quiénes eran esos tipos cuya cara aparecía en los billetes: Voltaire, Pascal, Berlioz... Resultaba chocante que la cara de uno apareciese en un billete, era algo así como convertirse uno mismo en pasta.

Se tendió en el sofá y continuó con el puzle de más de dos mil piezas que estaba haciendo. El castillo de Langeais, en Turena. Le faltaba poco para acabarlo. El primer día había encontrado en el desván varias cajas de maquetas Heller. Utilizando cola, pintura y calcomanías, construyó Stukas, Spitfire y también un coche, un Hispano Suiza de 1935. Estaban ahí, en el suelo, cuidadosamente pintados y colocados sobre su soporte de plástico. Cuando ya no quedaron más maquetas, Alex construyó con cerillas una reproducción de la granja de sus padres: los dos edificios, las dependencias, la verja... Las cerillas pegadas unas a otras constituían una copia torpe, ingenua y conmovedora. Sólo faltaba el tractor, y Alex lo recortó en cartón. Luego, buscando más a fondo en el desván, había encontrado el puzle.

La casa de campo en la que se escondía era de un amigo al que había conocido en el club nocturno donde trabajaba. Podía pasar allí varias semanas sin temer ninguna visita intempestiva de vecinos curiosos. El amigo le había proporcionado también un documento de identidad, pero la cara de Alex se había hecho famosa y debía de estar expuesta en todas las comisarías del país con una mención especial. Los polis no soportan que maten a uno de los suyos.

Las dichas piezas del puzle se negaban a encajar. Era un trozo de cielo completamente azul, muy difícil de montar. Las torres del castillo, el puente levadizo, todo eso había sido fácil, ¡pero el cielo! Vacío y sereno, engañoso... Alex se irritaba; mezclaba con torpeza las piezas, intentaba unirlas sin conseguirlo, y vuelta a empezar.

Muy cerca de la tabla de madera sobre la que estaba haciendo el puzle, una araña se paseaba por el suelo. Una araña rechoncha, repugnante. Escogió un ángulo de la pared y comenzó a tejer su tela. El hilo fluía regularmente de su abdomen abultado. La araña iba y venía, atenta y laboriosa. Con una cerilla, Alex quemó el trozo de tela que acababa de fabricar. La araña, asustada, miró a su alrededor, acechando la llegada de un posible enemigo; luego, dado que el concepto cerilla no estaba inscrito en sus genes, se puso de nuevo a trabajar.

Tejía infatigable, anudando el hilo, sujetándolo a las asperezas de la pared, empleando para ello todas las astillas de la madera.

Alex recogió del suelo un mosquito muerto y lo dejó caer sobre la tela recién tejida. La araña se precipitó sobre el intruso y dio vueltas a su alrededor, pero finalmente lo desdeñó. Alex comprendió la razón de esa indiferencia: el mosquito estaba muerto. Cojeando un poco, salió al porche y, con cuidado, capturó una polilla escondida bajo una teja. La arrojó sobre la tela.

Al quedar adherida a los hilos, la mariposa intentó escapar. La araña no tardó en reaparecer y, con sus gruesas patas, hizo girar a su presa antes de tejer en torno a ella un capullo, que por fin guardó en una grieta de la pared en previsión de un futuro festín.

Ève estaba sentada delante del tocador y contemplaba su rostro en el espejo. Un rostro infantil, de grandes ojos almendrados que expresaban tristeza. Con el dedo índice se rozó la piel de la mandíbula, percibió la dureza del hueso, la punta de la barbilla, se palpó el relieve de los dientes a través de la masa carnosa de los labios. Los pómulos eran prominentes, la nariz algo respingona, con una curva perfecta, delicadamente modelada.

Volvió un poco la cabeza, inclinó el espejo, se sorprendió ante la extraña impresión que provocaba su imagen. Un exceso de perfección, un encanto demasiado deslumbrante que producía cierta sensación de malestar. Jamás ningún hombre se había resistido a su atractivo ni había permanecido indiferente a su mirada. No, ningún hombre era capaz de penetrar su misterio: un aura indefinible que acompañaba cada uno de sus gestos, envolviéndolos en una nube de incertidumbre embriagadora. Los atraía a todos hacia ella, captaba su atención, despertaba su deseo, jugaba con su turbación cuando se hallaban en su presencia.

La evidencia de esta seducción la llenaba de un sosiego ambiguo: hubiera querido rechazarlos, ahuyentarlos, apartarlos de ella, provocar repugnancia. Sin embargo, esa fascinación que ejercía sin querer constituía su única venganza, insignificante en su infalibilidad.

Se maquilló y después sacó el caballete, las pinturas, los pinceles, y se puso a trabajar en el cuadro que tenía entre manos. Se trataba de un retrato de Richard, bastante tosco. El hombre estaba sentado en un taburete de bar con las piernas abiertas y una boquilla entre los labios. Iba vestido de mujer, con un traje rosa,

liguero y medias negras, además de unos zapatos de tacón alto que le comprimían los pies... Sonreía plácidamente, con una expresión más bien bobalicona. Los pechos, falsos y ridículos, hechos de trapos, le colgaban sobre el vientre flácido ofreciendo una imagen deplorable. El rostro, pintado con una precisión obsesiva, presentaba zonas de cuperosis, con venitas rojas... Viendo el cuadro, uno no podía dejar de imaginar la voz de ese personaje grotesco, esperpéntico, una voz cascada, ronca, de pescadera derrengada...

No, tu amo no te había matado, pero con el tiempo llegaste a lamentarlo. Había empezado a tratarte mejor. Con una manguera te daba duchas de agua templada y hasta te llevó una pastilla de jabón.

El foco estaba siempre encendido. La noche había sido sustituida por un día deslumbrante, un día artificial, frío, interminable.

El amo iba a verte, se sentaba en un sillón, frente a ti, y escrutaba durante largas horas hasta el más insignificante de tus gestos.

Al principio de estas sesiones «de observación», no te atrevías a decir nada por miedo a despertar su cólera, por miedo a que la noche, la sed y el hambre volvieran a castigarte por esa falta cuya naturaleza seguías ignorando y que, al parecer, debías expiar.

Poco a poco fuiste cobrando valor. Tímidamente, preguntaste qué fecha era para saber cuánto tiempo llevabas encerrado allí. Él te respondió de inmediato, sonriendo: 23 de octubre. Llevabas más de dos meses prisionero. Dos meses pasando hambre y sed. ¿Y cuánto tiempo más seguirías comiendo de su mano, lamiendo la escudilla tendido a sus pies, recibiendo duchas con una manguera?

Lloraste, preguntaste por qué te hacía todo eso. Esa vez permaneció en silencio. Veías su rostro impenetrable, coronado por cabellos blancos, un rostro que emanaba cierta nobleza, un rostro que tal vez habías visto antes en algún sitio.

El entraba en tu celda y permanecía allí sentado, impasible. Aunque se marchaba, siempre regresaba más tarde. Las pesadillas del principio ya no te acosaban. Quizá te administraba calmantes mezclados con la comida. La angustia persistía, por supuesto, pero se había desplazado: estabas seguro de que te permitiría conservar la vida, de lo contrario, pensabas, ya te habría liquidado... Su objetivo no era someterte a una lenta agonía, hacer que te deterioraras y te consumieras hasta la muerte. Su intención era otra.

Algún tiempo después, el ritual de las comidas también sufrió un cambio. El amo empezó a disponer ante ti una mesa plegable y un taburete. Te daba un tenedor y un cuchillo de plástico, como los que se utilizan en los aviones. La escudilla fue reemplazada por un plato. Y no tardaron en aparecer auténticas viandas: fruta, verdura, queso. Disfrutabas como nunca de la comida, pues los recuerdos de los primeros días no te abandonaban.

Seguías encadenado, pero el amo te curaba las laceraciones producidas por el roce del metal en las muñecas. Tú mismo te untabas las heridas con una pomada y después él te colocaba una venda elástica sobre la piel, bajo la pulsera de hierro.

La situación mejoraba, pero él no decía nada. Tú le contabas tu vida. El escuchaba con gran interés. No soportabas su silencio. Necesitabas hablar, repetir las historias, las anécdotas de tu infancia, embotarte de palabras a fin de demostrarte, y de demostrarle, que no eras un animal.

Pasado cierto tiempo más, tu dieta mejoró de improviso. Empezó a proporcionarte vino y manjares exquisitos que debía de encargarse en un establecimiento de comidas preparadas. La vajilla era de lujo. Encadenado a la pared, desnudo en un taburete, te atiborrabas de caviar, salmón, sorbetes y pasteles.

El se sentaba a tu lado y te servía los platos. Llevaba un reproductor de casetes y escuchabais a Chopin, a Listz...

En lo que se refiere al humillante capítulo de tus necesidades, también se había mostrado más humano. Tenías a tu disposición, al alcance de la mano, un orinal.

Finalmente, un día decidió soltarte de la pared a determinadas horas. Te quitaba las cadenas y te paseaba por el sótano atado con una correa. Tú dabas vueltas, a paso lento, alrededor del foco.

Para que el tiempo transcurriera más deprisa, el amo te trajo libros. Los clásicos: Balzac, Stendhal... En el instituto los detestabas, pero allí, en la soledad de tu agujero, devoraste esas obras sentado sobre el camastro de hule con las piernas cruzadas o apoyado en la mesa plegable.

Poco a poco, tus distracciones iban aumentando. El amo procuraba variar los placeres. Un equipo de música, discos, incluso un ajedrez electrónico; el tiempo pasaba deprisa. Había regulado la intensidad de la luz para que no te deslumbrara. Un pedazo de tela tamizaba el violento haz del foco y el sótano se llenaba de sombras: la tuya, varias veces multiplicada.

Con todos estos cambios —la ausencia de brutalidad por parte del amo y ese lujo que aliviaba gradualmente tu soledad—, llegaste a olvidar el miedo, o al menos quedó soterrado. Tu desnudez y las cadenas que te sujetaban te resultaban incongruentes.

Los paseos, atado con una correa proseguían. Sin embargo, eras un animal culto, inteligente. Tenías lagunas de memoria, en algunos momentos te abrumaba de un modo desgarrador la irrealidad de tu situación, su lado absurdo. Sí, te consumía la necesidad de preguntarle infinidad de cosas al amo, sin embargo él no te alentaba a hacerlo y se limitaba a preocuparse por tu comodidad. ¿Qué deseabas para cenar? ¿Te gustaba ese disco?

Pensabas en tu pueblo, en tu madre. Debían de estar buscándote. Los rostros de tus amigos se difuminaban en tus recuerdos para fundirse en una niebla densa. Ya no conseguías recordar las facciones de Alex, el color de su pelo... Cuando estabas solo, hablabas en voz alta, te sorprendías tarareando canciones infantiles, tu pasado lejano regresaba a ráfagas bruscas y confusas; imágenes de tu infancia olvidadas largo tiempo atrás resurgían de pronto, con una sorprendente claridad, para desvanecerse a su vez en una vaga bruma. Te resultaba imposible determinar si el tiempo se dilataba o se contraía: ¿un minuto, dos horas, diez años?

El amo se percató de este trastorno y, para remediarlo, te dio un despertador. Contaste las horas, observando extasiado el desplazamiento de las agujas. El tiempo era ficticio: ¿eran las diez de la mañana o de la noche, martes o domingo? Eso carecía de importancia, de nuevo podías dar una pauta a tu vida: a mediodía tengo hambre; a medianoche, sueño. Un ritmo, algo a lo que aferrarse.

Transcurrieron varias semanas.

Entre los regalos del amo encontraste un bloc, lápices, una goma. Dibujaste, torpemente al principio, luego cada vez mejor hasta acabar recuperando tu antigua habilidad. Bosquejabas retratos sin rostro, bocas, paisajes caóticos, el mar, acantilados inmensos, una mano gigantesca que provocaba olas. Pegabas los dibujos en la pared con cinta adhesiva para olvidar el cemento desnudo.

Para tus adentros le habías puesto un nombre al amo, aunque no te atrevías a emplearlo en su presencia, por supuesto. Lo llamabas Tarántula en recuerdo de tus terrores pasados. Tarántula, un nombre femenino, un nombre de animal repugnante que no encajaba ni con su sexo ni con el extremo refinamiento que demostraba en la elección de sus regalos.

Tarántula, sí, porque era igual que la araña: lento y misterioso, cruel y feroz, ávido e incomprensible en sus designios, oculto en algún lugar de esa morada donde te tenía secuestrado desde hacía meses, esa tela de lujo, esa jaula dorada cuyo carcelero era él y tú el prisionero.

Habías renunciado a llorar, a lamentarte. En el aspecto material, tu nueva vida no suponía ningún sacrificio. En aquella época del año —¿febrero?, ¿marzo?— deberías estar en el último curso del instituto, y en cambio te encontrabas allí, cautivo en aquel cubo de hormigón. Tu desnudez se había convertido en un hábito. El pudor había desaparecido. Tan sólo las cadenas resultaban insoportables.

Probablemente en mayo, si tus cálculos son fiables, aunque quizás ocurriera antes, se produjo un acontecimiento extraño. El despertador marcaba las dos y media. Tarántula bajó a verte. Se sentó en el sillón, como de costumbre, para observarte. Estabas dibujando. El se levantó y se acercó a ti. Tú te pusiste en pie para estar a su altura.

Vuestras caras casi se tocaban. Veías sus ojos azules, únicos elementos móviles en un rostro impenetrable, petrificado. Tarántula levantó una mano para posarla en tu hombro. Con dedos temblorosos, fue resiguiendo la línea de tu cuello. Te tocó las mejillas, la nariz, te pellizcó delicadamente la piel.

El corazón te latía descompasadamente. Su mano, caliente, bajó hacia tu pecho; suave y diestra, te recorrió las costillas, el vientre. Te palpó los músculos, la piel lisa y lampiña. Sin

duda te equivocaste al interpretar el significado de sus gestos. En efecto: cuando a tu vez intentaste acariciarle el rostro con gesto desmañado, Tarántula te abofeteó brutalmente, apretando los dientes. Te ordenó que te volvieras de espaldas y, de un modo metódico, prosiguió su examen, que se prolongó varios minutos.

Cuando hubo terminado, te sentaste masajeándote la mejilla, que aún te escocía por el bofetón recibido. Él meneó la cabeza riendo y te alisó el pelo. Sonreíste.

Tarántula salió. No sabías qué pensar de ese nuevo contacto, una verdadera revolución en vuestras relaciones. Sin embargo, reflexionar sobre ello representaba un esfuerzo angustioso y exigía una energía mental de la que carecías hacía ya tiempo.

Te pusiste de nuevo a dibujar sin pensar en nada.

2

Alex abandonó el puzle. Salió al jardín y se dedicó a tallar un trozo de madera, una raíz de olivo. El cuchillo penetraba en la masa seca, componiendo poco a poco, viruta a viruta, una forma tosca pero cada vez más precisa, la de un cuerpo de mujer. Se había puesto un gran sombrero de paja para protegerse del sol. Con una cerveza al alcance de la mano y absorto en ese trabajo minucioso, consiguió olvidarse de la herida. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Alex estaba relajado.

El timbre del teléfono lo sobresaltó y estuvo a punto de pincharse con la punta de la navaja. Dejó caer la raíz de olivo y se quedó escuchando, desconcertado. El timbre seguía sonando. Alex, incrédulo, corrió hacia la casa y se plantó delante del aparato con los brazos caídos: ¿quién sabía que él estaba allí?

Empuñó el revólver, el Cok que le había quitado al poli después de habérselo cargado. Era un arma más sofisticada que la suya. Temblando, descolgó. A lo mejor era un comerciante del pueblo, o la compañía de teléfonos, en fin, alguna tontería... O mejor aún, alguien que se había equivocado. Sin embargo, la voz que sonó le resultaba conocida. Era la del ex legionario en cuya casa se había refugiado tras el atraco. A cambio de una sustanciosa suma, el tipo había accedido a curar a Alex. No había hecho falta extraer la bala, pues ésta había salido por la cara posterior *del* muslo después de haber atravesado los cuádriceps. El hombre había conseguido los antibióticos y los apósitos necesarios y le había hecho de prisa y corriendo una sutura algo chapucera. Alex lo había pasado mal durante la operación, pero el ex legionario le había asegurado que tenía bastante experiencia para ocuparse de la cuestión sin recurrir a un médico. Además, Alex estaba fichado por la policía y no tenía más remedio que aguantar si quería salir bien librado. La posibilidad de acudir a un hospital para que le practicaran una cura bien hecha quedaba totalmente descartada.

La conversación fue breve y concisa. El propietario de la casa acababa de verse involucrado en un turbio caso de prostitución y era de temer que en las siguientes horas la policía registrara la casa a fondo. Alex debía largarse lo antes posible.

Éste asintió y le dio las gracias balbuceando. Su interlocutor colgó. Alex giró en redondo con el Colt en la mano. Lloraba de rabia. Todo iba a empezar otra vez: la huida, la persecución, el miedo a ser capturado, la carne de gallina nada más ver una gorra de uniforme...

Recogió sus pertenencias a toda prisa y trasladó el dinero a una maleta. Se puso un traje de lino que encontró en un armario. Le quedaba un poco grande, pero eso no le importó. El vendaje que llevaba en el muslo formaba un bulto bajo la tela. Recién afeitado, metió en el maletero del coche una bolsa con algunas prendas de vestir y útiles de aseo. La descripción del vehículo no tenía por qué figurar aún en las fichas policiales. Se trataba de un CX de alquiler, contratado para un mes por el ex legionario, quien le había asegurado que en ese aspecto todo estaba en regla.

Con el Colt guardado en la guantera, Alex se alejó sin molestarse en cerrar la puerta de la verja que rodeaba la propiedad. En la carretera se cruzó con la familia holandesa, que regresaba de la playa.

Las vías principales estaban atestadas de turistas, y policías emboscados entre los arbustos acechaban a los posibles infractores.

Alex sudaba a mares. Su documentación falsa no resistiría un examen, por poco serio que fuera, pues su foto figuraba ya en los ficheros de busca y captura.

Tenía que llegar a París cuanto antes. Allí le sería más fácil encontrar otro escondite en espera de que la ira policial se calmase y su herida hubiese cicatrizado por completo. Después debía encontrar la manera de salir del país sin que le echaran el guante en la frontera. ¿Para ir adonde? Alex lo ignoraba... Recordaba conversaciones furtivas escuchadas en reuniones con sus «amigos». Latinoamérica, al parecer, era un lugar seguro. Pero había que desconfiar de todo el mundo. Su fortuna podía tentar a mucha gente y presentía de forma confusa que el futuro no iba a ser precisamente de color rosa: estaba débil, herido y asustado, y se había embarcado en una aventura que superaba sus posibilidades.

Le aterraba la mera idea de acabar en la cárcel. Aquel día que Vincent lo había llevado al Palacio de Justicia de París para asistir al juicio por una causa criminal le había dejado un recuerdo tremendamente angustioso que lo perseguía de forma implacable: cuando leyeron el veredicto, el acusado se levantó y profirió un largo grito quejumbroso al escuchar la pena.

Alex veía aquel rostro en sus pesadillas, un rostro contraído por el dolor y la incredulidad. Se juró que, si daban con él, se guardaría una bala para sí mismo.

Llegó a París por pequeñas carreteras secundarias, evitando las autopistas y las vías principales, sin duda alguna plagadas de agentes de tráfico en esa época de vacaciones.

Sólo tenía una puerta a la que llamar: el ex legionario —convertido en gerente de una empresa de seguridad privada— que ya le había ayudado durante su huida desesperada tras el fiasco del banco. Alex no se hacía ilusiones acerca del altruismo de su salvador. Sabía que sólo le importaba la pasta, aunque también era consciente de que no tenía prisa por arrebatársela. Si los asuntos de Alex se arreglaban, si los billetes resultaban ser negociables, todo era posible.

El antiguo legionario sabía positivamente que Alex estaba en sus manos, tanto en lo referente a la evolución de la herida como a su huida al extranjero. El joven, perdido en su nueva vida, no iba a cruzar la frontera sin tener un buen plan que le impidiera caer en las garras de la Interpol.

Alex no estaba en contacto con ninguna organización internacional que ofreciera las garantías de seguridad necesarias, y sabía que tarde o temprano su protector acabaría anunciando que la tarifa por una desaparición limpia, un pasaporte creíble y un destino tranquilo y discreto era un elevado porcentaje del botín del atraco.

Alex sentía un odio incontenible hacia todos esos tipos que se movían con desenvoltura con sus trajes de buen corte, que eran elegantes y sabían hablar a las mujeres. Él seguía siendo un palurdo, un bobo fácil de manipular.

Fue a parar a un pequeño chalet de las afueras, en Livry-Gargan, en una de las zonas residenciales de Seine-Saint-Denis. Después de haberlo llevado hasta allí, el ex legionario le ordenó que no saliera, y al igual que le ocurrió cuando llegó a la casa de campo, Alex encontró un congelador bien provisto de comida, una cama y un televisor.

Se instaló con la mayor comodidad posible en una sola habitación. Muchos de los chalecitos vecinos estaban vacíos —pendientes de alquilar— u ocupados por empleados de banca de vida ordenada, que se levantaban temprano por la mañana y regresaban tarde al final del día. Además, el período estival había despoblado los alrededores de París desde principios de agosto. Alex, apaciguado en parte por la soledad que lo rodeaba, recuperó el dominio de sí mismo. El ex legionario insistió en que permaneciera encerrado. El también se iba unas semanas al extranjero y no vería de nuevo a su protegido hasta su regreso. Así pues, recomendó que Alex se quedara tranquilo hasta septiembre. Ver la televisión, preparar comidas congeladas, dormir la siesta y hacer solitarios: ésas serían sus únicas ocupaciones.

3

Richard Lafargue departía con el representante de una empresa farmacéutica japonesa que había comercializado un nuevo tipo de silicona, corrientemente utilizada en cirugía plástica para la inserción de prótesis de mamas. Escuchaba con atención los elogios que el pequeño burócrata dedicaba a su producto, según él más fácil de inyectar, más manejable... El despacho de Lafargue estaba abarrotado de historiales de intervenciones quirúrgicas y las paredes parecían «decoradas» con fotos de plastias practicadas con éxito... El japonés gesticulaba al hablar.

Llamaron a Richard por teléfono. El semblante del cirujano se ensombreció y su voz adquirió un tono grave, trémulo. Dio las gracias a su interlocutor por la llamada y luego comunicó al representante que se veía obligado a ausentarse, por lo que le pedía excusas. Fijaron otra cita para el día siguiente.

Lafargue se quitó la bata blanca y fue corriendo hasta el coche. Anunció a Roger, que lo estaba esperando, que prefería conducir él mismo, así que le dio permiso para que se marchara a casa.

Se dirigió a bastante velocidad hacia la carretera de circunvalación y llegó al ramal de autopista que llevaba a Normadía. Conducía muy deprisa, tocando furiosamente el claxon si un coche no se apartaba de inmediato al carril de la derecha cuando él quería adelantarlo. Tardó menos de tres horas en llegar a la clínica psiquiátrica donde Viviane estaba internada.

Una vez dentro de la finca, se apeó a toda prisa del Mercedes y subió la escalera que conducía a la recepción. La empleada fue a buscar al psiquiatra encargado del tratamiento de Viviane.

Richard entró con él en el ascensor y los dos se encaminaron a la puerta de la habitación. El psiquiatra le señaló la mirilla de plástico.

Viviane sufría un ataque. Se había rasgado la bata y gritaba, pataleaba, se arañaba el cuerpo, marcado ya por rasguños ensangrentados.

— ¿Cuándo ha empezado? — preguntó Richard en un susurro.

— Esta mañana. Ya le hemos inyectado unos calmantes, no tardarán en hacerle efecto.

— No..., no debe dejarla en ese estado. Pobre criatura... Aumente la dosis.

Las manos le temblaban convulsivamente. Las apoyó en la puerta de la habitación, donde apoyó también la frente al tiempo que se mordía el labio superior.

—Viviane, pequeña... Viviane... Abra, voy a entrar.

—No es aconsejable: la presencia de otras personas la excita todavía más —dijo el psiquiatra.

Extenuada, jadeante, acurrucada en un rincón de la habitación, Viviane se arañaba la cara hasta hacerse sangre, a pesar de que llevaba las uñas cuidadosamente cortadas. Richard entró, se sentó en la cama y, casi en un susurro, pronunció su nombre. Viviane se puso a gritar otra vez, pero no se movió. Estaba sin aliento y miraba a todas partes con los ojos extraviados y la boca abierta, al tiempo que emitía un sonido sibilante. Poco a poco se fue calmando, aunque sin perder la conciencia. Su respiración se volvió más regular, menos entrecortada. Lafargue pudo tomarla en brazos para acostarla. Sentado junto a ella, le sostenía una mano, le acariciaba la frente, le besaba las mejillas. El psiquiatra permanecía en la entrada de la habitación, con las manos en los bolsillos de la bata. Se acercó a Richard y lo asió de un brazo.

—Vamos... —dijo—, hay que dejarla sola.

Bajaron y dieron juntos un paseo por el jardín.

—Es terrible... —balbuceó Lafargue.

—Sí... No debería venir tan a menudo. No sirve de nada y usted sufre mucho.

—¡Ni hablar! Es preciso... ¡Tengo que venir!

El psiquiatra meneó la cabeza; era evidente que no comprendía la obstinación de Richard en asistir a tan penoso espectáculo.

—Sí —insistió Lafargue—, vendré cada vez que ocurra. Avíseme... Lo hará, ¿verdad?

Se le había quebrado la voz, estaba llorando. Estrechó la mano del médico y se encaminó al coche.

En el camino de vuelta a Le Vésinet, Richard condujo todavía *más* deprisa. La imagen de Viviane lo atormentaba. La visión de aquel cuerpo magullado y mancillado era una pesadilla real incrustada en su memoria... ¡Viviane! Todo había empezado con un largo grito que se había superpuesto a la música de la orquesta; después, Viviane había aparecido con la ropa desgarrada, los muslos chorreando sangre, la mirada extraviada...

Line estaba de vacaciones. Richard oyó unas notas de piano procedentes del primer piso. Se echó a reír, pegó la boca al interfono y gritó a pleno pulmón:

—¡Buenas noches! ¡Prepárate, vas a distraerme! —dijo.

Debido a la potencia del sonido, los altavoces empotrados en las paredes de la salita vibraron. Richard había subido el volumen al máximo y el estruendo fue insoportable. Sobresaltada, Ève dio un brinco. Aquella maldita sonorización era la única perversión de Lafargue a la que no se había acostumbrado.

Richard la encontró con el torso apoyado en el piano y las manos sobre los oídos. Se quedó en el umbral, con una sonrisa de satisfacción en los labios, mientras sostenía un vaso lleno de whisky.

Ève se volvió hacia él, horrorizada. Conocía las consecuencias de esas crisis de la enferma, pues en el último año Viviane había sufrido tres accesos de agresividad y automutilación. Richard no podía soportarlo; le causaban un dolor tan profundo que necesitaba vengarse en alguien para amortiguarlo. Ève sólo existía para cumplir esa misión.

—¡Vamos, ven aquí, piltrafa!

Le tendió el vaso de whisky y, ante su resistencia a cogerlo, la agarró del pelo para echarle la cabeza hacia atrás. La joven tuvo que beberse el contenido del vaso de un trago. Richard la sujetó por una muñeca, la llevó a rastras hasta la planta baja y la metió a empujones en el coche.

Eran las ocho de la tarde cuando entraron en el estudio de la calle Godot-de-Mauroy. De una patada en el trasero Richard la hizo caer sobre la cama.

—¡Desnúdate, deprisa!

Ève obedeció. Richard había abierto el armario y sacaba prendas de vestir que iba arrojando sobre la moqueta. De pie frente a él, la joven lloraba en silencio. Él le tendió la falda de cuero, el corpiño, las botas... Ève se lo puso.

—¡Llama a Varneroy! —le exigió Richard, señalando el teléfono.

Ève esbozó un gesto de rechazo, una mueca de asco, pero la mirada de Richard era terrible, demoniaca, de modo que no le quedó más remedio que descolgar el aparato y marcar el número.

Tras unos instantes de espera, Varneroy contestó. Reconoció la voz de Ève al instante. Richard permanecía tras la joven, dispuesto a pegarle.

—Querida Ève —dijo una voz nasal a través del auricular—, ¿se ha repuesto de nuestro último encuentro? ¿Necesita dinero? ¡Es todo un detalle que haya llamado al viejo Varneroy!

Ève le pidió que acudiera al estudio. Él, encantado, anunció que tardaría menos de media hora.

Varneroy era un chalado al que Ève había «reclutado» una noche en el Boulevard des Capucines, en la época en que Richard todavía la obligaba a buscar clientes en la calle. Con el tiempo, éstos habían llegado a ser lo suficientemente numerosos para abastecer las sesiones bimensuales que exigía Lafargue; con los que llamaban al estudio, Richard veía satisfecha su necesidad de humillar a la joven.

—Trata de estar a la altura —le aconsejó, riendo.

A continuación salió dando un portazo. Ella sabía que la observaría desde el otro lado del falso espejo.

El trato que Varneroy infligía a Ève exigía que transcurriera cierto tiempo entre sus visitas, de modo que ella sólo lo llamaba después de las crisis de Viviane.

Varneroy comprendía perfectamente los reparos de la joven y, después de que ésta le negara varias veces la entrevista que él le solicitaba con ansia, se había resignado a dejarle un número al que podía telefonarle cuando estuviera dispuesta a someterse a sus caprichos.

Varneroy llegó muy contento. Era un hombrecillo regordete, de tez sonrosada y aspecto aseado y afable. Se quitó el sombrero, dejó cuidadosamente la chaqueta y besó a Ève en las mejillas antes de abrir el maletín que contenía el látigo.

Richard presenciaba satisfecho estos prolegómenos, con las manos crispadas sobre los brazos de la mecedora mientras incesantes tics nerviosos recorrían su rostro.

Siguiendo las indicaciones de Varneroy, Ève ejecutó un grotesco paso de baile. El látigo restalló.

Richard aplaudía riendo a carcajadas mientras la cruel farsa se repetía, pero de repente se sintió asqueado y no pudo seguir soportando ese espectáculo. El sufrimiento de Ève, que le pertenecía porque él había modelado su destino y su vida, lo llenó de repugnancia y de compasión. El rostro sarcástico de Varneroy le indignó tanto que se levantó de un salto e irrumpió en el estudio contiguo.

Desconcertado ante aquella aparición, Varneroy se quedó boquiabierto y con el brazo en alto. Lafargue le arrebató el látigo, lo agarró del cuello y lo arrastró al pasillo. El sádico no entendía nada y, mudo por la sorpresa, bajó a toda prisa la escalera sin pedir explicaciones.

Ève y Richard se quedaron a solas. Ella había caído de rodillas. Richard la ayudó a levantarse y a lavarse. Ève se puso de nuevo el jersey y los téjanos que llevaba cuando el cirujano había comenzado a gritar a través del interfono.

Sin pronunciar palabra, Richard la llevó a la villa y la desnudó antes de tenderla en la cama. Solícito, le untó cuidadosamente las heridas con pomada y le preparó un té bien caliente. Luego se sentó muy cerca de ella y le acercó la taza a los labios para que bebiera la infusión a pequeños sorbos. A continuación la cubrió con la sábana y le acarició el cabello. Había disuelto un somnífero en el té y Ève se durmió enseguida.

Richard salió de la habitación y atravesó el jardín en dirección al estanque. La placidez y serenidad de los cisnes llenó a Richard de admiración y envidia, y se echó a llorar desconsoladamente. Había rescatado a Ève de las manos de Varneroy y ahora comprendía que esa compasión —pues llamó compasión a ese sentimiento— acababa

de hacer añicos su odio, un odio ilimitado, irreprimible. Y el odio era su única razón de vivir.

Tarántula jugaba a menudo al ajedrez contigo. Reflexionaba mucho antes de mover una pieza, y siempre te pillaba por sorpresa. En ocasiones, improvisaba ataques sin preocuparse de proteger su juego; su táctica era impulsiva pero infalible.

Un día quitó las cadenas y el camastro, y en su lugar instaló un sofá. Allí dormías y descansabas cómodamente, tumbado entre los sedosos cojines. Sin embargo, la pesada puerta del sótano permanecía firmemente cerrada con candados...

Tarántula te proporcionaba golosinas y tabaco rubio, se interesaba por tus gustos en cuestión de música. Vuestras conversaciones adquirieron un tono festivo, se convirtieron en una charla intrascendente. Te había regalado un reproductor de vídeos y te llevaba películas que veíais juntos. Preparaba té, te servía infusiones y, cuando te notaba deprimido, descorchaba una botella de champán. En cuanto se vaciaban las copas, las llenaba de nuevo.

Ya no estabas desnudo: Tarántula te había regalado un chal bordado, una pieza magnífica que te presentó en un lujoso paquete. Con tus finos dedos, abriste el envoltorio y descubriste el mantón, un regalo que te produjo un gran placer.

Arropado con el chal, te acurrucabas sobre los cojines fumando cigarrillos americanos o comiendo bombones mientras esperabas la visita diaria de Tarántula, que nunca aparecía con las manos vacías.

Su generosidad hacia ti parecía no tener límites. Un día, la puerta del sótano se abrió y entró él empujando con dificultad un paquete enorme, colocado sobre un soporte con ruedas. Sonreía mirando el papel de seda, el lazo rosa, el ramo de flores...

Ante tu sorpresa, te recordó la fecha: 22 de julio. Sí, hacía diez meses que estabas prisionero. Tenías veintiún años... Distes vueltas con afectación alrededor de aquel voluminoso paquete, al tiempo que aplaudías riendo. Tarántula te ayudó a deshacer el lazo. No tardaste en reconocer la forma de un piano: ¡un Steinway!

Sentado en el taburete, desentumeciste tus dedos indecisos y empezaste a tocar. Aunque no estuviste muy brillante, a tus ojos acudieron lágrimas de alegría...

Y tú, Vincent Moreau, el animal de compañía de ese monstruo, tú, el perro de Tarántula, su mono o su cotorra, tú, sí, tú, después de que te hubiera destrozado, besaste su mano riendo a carcajadas.

Por segunda vez, te abofeteó.

Alex se aburría en su escondrijo. Harto de dormir, abotargado, se pasaba el día delante de la tele. Prefería no pensar en el futuro y mataba el tiempo como podía. Al contrario que durante su estancia en la casa de campo, limpiaba y fregaba con una meticulosidad obsesiva. Todo estaba limpio como una patena. Se pasaba horas brillantando el parquet, frotando cacerolas con el estropajo.

La pierna apenas le molestaba. La cicatrización le producía algunos picores irritantes, pero el dolor había desaparecido casi por completo. Una simple gasa había sustituido al apósito y el vendaje.

Una noche, cuando llevaba unos diez días instalado allí, se le ocurrió una idea genial, o al menos se convenció de que lo era. Estaba viendo un partido de fútbol en la tele. El deporte nunca le había interesado mucho, a excepción del kárate. La única prensa que solía leer eran revistas especializadas en artes marciales. No obstante, aquel día seguía las evoluciones del balón, concienzudamente maltratado por los jugadores... Dormitaba ante este espectáculo mientras apuraba el final de una botella de vino. Cuando el partido acabó, no se molestó en levantarse para apagar el aparato. A continuación emitieron un programa sobre cirugía plástica.

El locutor presentó un reportaje sobre los *liftings* y la cirugía facial en general. A continuación dieron una entrevista con el jefe del servicio de cirugía plástica de un hospital de París, el profesor Lafargue. Alex escuchó, pasmado.

«La segunda fase —expuso Lafargue, trazando un dibujo para ilustrar su explicación— consiste en lo que llamamos el "legrado" del periostio. Se trata de una etapa importante. Su finalidad es, como ven aquí, dejar que el periostio se adhiera a la capa profunda de la piel a fin de proporcionar consistencia...» Por la pantalla desfilaban fotos de rostros transformados, remodelados, esculpidos, embellecidos. Después de operados, los pacientes resultaban irreconocibles. Alex escuchaba atentamente las explicaciones, irritado por no comprender algunos términos. Cuando salieron los títulos de crédito, Alexa notó el nombre del médico —Lafargue— y el del hospital donde trabajaba.

Su foto en el carnet de identidad, la hospitalidad interesada de su amigo el ex legionario, el dinero escondido en el trastero del chalet, todo iba encajando, sin prisa pero sin pausa.

El tipo de la tele había afirmado que una rinoplastia era una operación de poca importancia, al igual que la reabsorción de los tejidos grasos en determinados puntos de la cara... ¿Una arruga? ¿Era posible borrarla utilizando un bisturí a modo de goma!

Alex fue corriendo al cuarto de baño y se miró en el espejo. Se palpó la cara: esa prominencia ósea en la nariz, las mejillas demasiado llenas, la papada... ¡La solución era fácil! Según el médico se tardaban dos semanas: ése era el tiempo necesario para rehacer una cara, borrar y volver a empezar. No, imposible, no había nada fácil: tendría que convencer a ese cirujano de que lo operara a él, Alex, un delincuente buscado por la policía..., habría que encontrar un elemento de presión lo bastante contundente para que el médico accediera a operarlo y a dejarlo marchar sin informar a la policía. Un elemento de presión... Lafargue debía de tener hijos, mujer...

Alex relejó una y otra vez el nombre que había anotado en el trozo de papel, los datos del hospital... Cuanto más lo pensaba, más acertada le parecía la idea: si cambiaba de aspecto físico, su dependencia del ex legionario se vería considerablemente reducida. La policía buscaría a un fantasma, a un Alex Barny inexistente; de ese modo sería más fácil negociar la salida del país.

Esa noche, Alex no durmió. Al día siguiente se levantó al amanecer, se aseó rápidamente, se cortó el pelo y planchó el traje y la camisa que había encontrado en la casa de campo. El CX estaba en el garaje.

Tarántula se mostraba encantador. Sus visitas eran cada vez más largas. Te llevaba la prensa y comía a menudo contigo. En el sótano hacía un calor sofocante —era agosto—, de modo que compró un frigorífico que llenaba a diario con zumos de fruta. A tu vestuario, que hasta entonces se reducía al chal, se añadieron una bata ligera y unas chinelas.

En otoño, Tarántula empezó aponerte las inyecciones. Cierta día bajó a verte con una jeringuilla en la mano. Obedeciendo a su orden, te tumbaste en el sofá y te descubriste las nalgas. La aguja se clavó con brusquedad en la carne. El líquido traslúcido y ligeramente rosado que habías visto en el depósito de la jeringuilla estaba ahora dentro de tu cuerpo.

Tarántula se mostraba muy cuidadoso y procuraba no hacerte daño, pero, una vez inyectado, el líquido producía dolor. Al cabo de un rato, cuando se diluía en el músculo, el dolor desaparecía.

No preguntaste a Tarántula la finalidad de este tratamiento. El dibujo y el piano ocupaban todo tu tiempo, y esa intensa actividad artística colmaba tus necesidades anímicas. Las inyecciones carecían de importancia. Tarántula era tan amable...

Hacías rápidos progresos en música. Tarántula, impaciente, pasaba horas buscando partituras en las tiendas especializadas. En cuanto al dibujo, en el sótano se apilaban los manuales y los libros de arte que te servían de modelo.

Un día le confesaste el apodo inquietante que le habías puesto. Fue al terminar una comida que acababais de compartir. El champán se te había subido un poco a la cabeza. Ruborizado y tartamudeando, reconociste tu falta —dijiste «mi falta»—, y él te respondió con una sonrisa de indulgencia.

Las inyecciones se iban sucediendo de forma regular. Sin embargo, eso no era sino una pequeña molestia en tu vida ociosa.

Cuando cumpliste veintidós años, amuebló el sótano. Quitó el foco y en su lugar instaló lámparas que proporcionaban una iluminación suave. Al sofá se añadieron unos sillones, una mesa baja y varios pufs. Cubrió el suelo con una gruesa moqueta.

Hacía tiempo que Tarántula había montado una ducha plegable en un rincón del sótano. Un lavabo de camping completó la instalación, así como un inodoro portátil. Tarántula

respetó tu pudor e incluso tuvo el detalle de poner una cortina. Te probaste el albornoz, pero como pusiste mala cara por el color de las toallas, Tarántula las cambió.

Confinado en el recinto cerrado del sótano, soñabas con espacios abiertos y con el viento. Pintaste ventanas en las paredes. A la derecha diseñaste un paisaje montañoso, desbordante de sol y del blanco deslumbrador de las nieves eternas. Un foco halógeno dirigido hacia las cimas proporcionaba una claridad cegadora a esa abertura ficticia a la vida exterior. A la izquierda, embadurnaste el hormigón con pintura azul, un fondo sobre el que perfilaste unas olas espumeantes. Al fondo, en el horizonte, representaste con tonos rojos anaranjados un crepúsculo llameante, muy logrado, que te llenó de orgullo.

Además de las inyecciones, Tarántula te hacía tomar muchos medicamentos: cápsulas multicolores, pastillas sin sabor, ampollas bebibles... Las etiquetas habían sido arrancadas de los envases. Tarántula te preguntó si eso te preocupaba. Te encogiste de hombros y contestaste que confiabas en él. Tarántula te acarició la mejilla. Entonces le tomaste la mano para depositar un beso en la palma. Se puso tenso y por un momento temiste que te pegara otra vez, pero luego su expresión se dulcificó y permaneció pasivo. Te volviste para ocultarle las lágrimas de alegría que asomaron a tus ojos...

Debido a que vivías privado de la luz del sol, tu piel se había vuelto muy blanca. Por este motivo Tarántula instaló en tu aposento un aparato de sol artificial. Te encantó ver que tu cuerpo adquiriría un precioso color cobrizo, un bronceado integral, y le mostraste estos cambios espectaculares a tu amigo. Cuando él también dejaba traslucir su satisfacción, te sentías muy feliz.

Transcurrían los días, las semanas, los meses, monótonos en apariencia, pero en realidad colmados de múltiples e intensos placeres. El goce que experimentabas tocando el piano y dibujando te llenaba de alegría.

Tu deseo sexual se había extinguido por completo. Interrogaste a Tarántula al respecto, a pesar de que el tema te hacía sentir muy incómodo. El explicó que tu comida contenía sustancias que producían ese efecto. Según aseguró Tarántula, lo hacía para evitarte sufrimientos, ya que sólo mantenías contacto con él. Sí..., lo comprendías perfectamente. Te prometió que muy pronto saldrías y, cuando eliminaras estos productos de tu alimentación, volverías a sentir deseo.

De noche, a solas en el sótano, a veces te acariciabas el sexo, flácido, pero el despecho que experimentabas se desvanecía al pensar que «muy pronto saldrías». Tarántula lo había prometido, así que no tenías de qué preocuparte...

4

Alex condujo hasta París con mucha prudencia para no cometer ninguna infracción. Aunque había considerado la posibilidad de desplazarse por la capital en autobús y en metro, al final la descartó: no era una buena idea, pues sin duda Lafargue se desplazaría en coche y no podría seguirlo.

Alex se apostó frente a la entrada del hospital. Era muy temprano. No creía que el médico fuera a trabajar a esas horas, pero debía estudiar el terreno antes de que llegara. En una pared, muy cerca de la verja de entrada, un gran panel indicaba los servicios de que disponía el hospital y el nombre de los médicos que los atendían. Lafargue figuraba en el directorio.

Alex caminó por la calle, apretando dentro del bolsillo de la chaqueta la culata del Colt del policía. Después se sentó en la terraza de un bar, desde donde controló la entrada del personal del hospital.

Hacia las diez, un coche, un Mercedes conducido por un chófer, se detuvo ante el semáforo en rojo situado a unos metros de la terraza donde Alex esperaba. El fugitivo reconoció de inmediato a Lafargue, que leía un periódico en el asiento trasero.

El Mercedes esperó hasta que el semáforo se puso en verde y a continuación enfiló el camino que conducía al aparcamiento del hospital. Alex vio que Lafargue bajaba. El chófer se quedó un rato en el interior del coche; luego, como hacía mucho calor, decidió sentarse también en la terraza del bar.

Roger pidió una cerveza. Ese día, su jefe debía practicar una importante intervención y se marcharía del hospital en cuanto terminara para dirigirse a su clínica de Boulogne, donde tenía una reunión.

En la matrícula del coche de Lafargue figuraba el 78, el número de Yvelines. Alex se sabía los números de todos los departamentos: durante su estancia en la casa de campo se había entretenido memorizándolos, recitándolos por orden o jugando a asociarlos con otros datos numéricos: el periódico decía que un anciano de ochenta años se había vuelto a casar... ¿Ochenta?, el 80 es Somme...

El chófer no parecía tener prisa. Sentado a la mesa de la terraza, hacía crucigramas, totalmente absorto en la tarea. Alex pagó su consumición y entró en la oficina de correos que había junto al hospital. Desde allí no veía la entrada, pero le pareció muy poco probable que el matasanos saliera justo en ese momento.

Consultó el listín telefónico. Lafargue era un apellido común, había páginas enteras... Lafargue con ese final, sin ese, con una sola efe... Los Lafargue con una sola

efe y sin ese eran menos frecuentes. Tres en el departamento 78; uno de ellos vivía en Saint-Germain, otro en Plaisir y el tercero en Le Vésinet. El que le interesaba había de ser uno de esos tres. Alex anotó las tres direcciones.

De nuevo en el bar, constató que el chófer seguía en el mismo sitio. A mediodía, el camarero preparó las mesas para el almuerzo. Por lo visto conocía al chófer, porque le preguntó si iba a quedarse a comer.

Roger respondió negativamente. El jefe tenía que ir a Boulogne en cuanto saliera del quirófano.

Efectivamente, el cirujano no tardó en aparecer. Montó en el Mercedes y el chófer se sentó al volante. Alex arrancó tras ellos. Se alejaron del centro de París para dirigirse a Boulogne. No resultaba difícil seguirlos, sobre todo porque Alex conocía más o menos el destino.

Roger aparcó delante de una clínica y continuó con sus crucigramas. Alex anotó el nombre de la calle en un papelito: no se fiaba de su memoria. La espera fue larga. Alex paseó arriba y abajo sin alejarse demasiado y tratando de no llamar la atención. Luego, sentado en una pequeña plaza, siguió aguardando sin quitarle la vista de encima al Mercedes. No había cerrado con llave su coche para poder arrancar de inmediato si el médico aparecía de improviso.

La reunión para planear las siguientes intervenciones duró poco más de una hora. Richard, pálido y demacrado, apenas intervino. Desde la sesión con Varneroy vivía como un autómata.

Alex había entrado en un estanco para comprar tabaco cuando Roger vio a Lafargue en el vestíbulo de la clínica y se apresuró a abrir la puerta trasera del Mercedes. Sin perder un segundo, Roger montó en el CX y arrancó. Se mantuvo a bastante distancia y, cuando no le cupo la menor duda de que se dirigían a Le Vésinet, abandonó la persecución. No valía la pena arriesgarse a que lo descubrieran, cuando ya tenía la dirección en el bolsillo.

Viajó hasta allí más tarde. La villa de Lafargue era imponente y estaba rodeada por una tapia que ocultaba la fachada. Alex escrutó las mansiones de los alrededores. La calle estaba desierta. No podía entretenerse más. Observó que las contraventanas de las casas vecinas estaban cerradas. Sus habitantes habían abandonado Le Vésinet durante el mes de agosto... Eran las cuatro de la tarde y Alex dudó. Había decidido inspeccionar la vivienda del cirujano esa misma noche, pero hasta que llegara el momento disponía de mucho tiempo. A falta de algo mejor, decidió pasear por el bosque de Saint-Germain, que estaba muy cerca.

Regresó a Le Vésinet hacia las nueve y aparcó el CX a bastante distancia de la calle donde vivía Lafargue.

Empezaba a anochecer, pero aún había algo de claridad. Escaló la tapia de una villa cercana a fin de observar el jardín que rodeaba la casa de Lafargue. Se sentó a horcajadas sobre la tapia, semioculto por el follaje de un castaño cuyas ramas crecían en todas direcciones. Desde lejos no podían verlo, y si aparecían transeúntes por la calle, se escondería del todo entre la fronda.

Oteó el jardín, el estanque, los árboles, la piscina. Lafargue estaba cenando al aire libre, en compañía de una mujer. Alex sonrió. Era un buen punto de partida. ¿Tendrían niños? No..., si así fuese estarían cenando con sus padres. Claro que a lo mejor se encontraban de vacaciones... O tal vez eran niños muy pequeños y ya los habían acostado. Sin embargo, Lafargue rondaba los cincuenta años, de modo que sus hijos, si los tenía, debían de ser como mínimo adolescentes... ¡No estarían en la cama a las diez una noche de verano! Además, no había ninguna luz encendida ni en la planta baja ni en el piso de arriba. Un farol de jardín proyectaba una luz bastante tenue sobre la mesa a la que estaba sentada la pareja.

Satisfecho, Alex bajó de un salto a la acera y esbozó una mueca de dolor; la pierna, todavía débil, se resintió de la sacudida. Regresó al CX para esperar a que la oscuridad fuese completa. Fumó con nerviosismo, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior. A las diez y media, volvió a la villa. La calle continuaba desierta. A lo lejos sonó un claxon.

Alex bordeó la valla de la propiedad de Lafargue. En el otro extremo, sobre la acera, encontró una gran caja de madera que contenía palas, rastrillos y demás útiles del servicio municipal de jardinería. Utilizándola a modo de escalón, se encaramó al muro y saltó al jardín procurando caer sin brusquedad. Se agazapó tras un macizo de plantas y esperó; si había un perro, no tardaría en dar señales de vida. Ningún ladrido... Escrutó los arbustos que había a su alrededor mientras avanzaba pegado a la tapia. Buscaba en el interior del jardín algo que le sirviera de peldaño para escalar la pared en sentido inverso cuando llegara la hora de largarse de allí. Junto al estanque, una falsa gruta de hormigón daba refugio a los cisnes por la noche. Estaba adosada a la tapia y tenía más de un metro de altura. Alex sonrió e hizo una prueba. Saltar a la calle desde allí sería un juego de niños. Ya más tranquilo, avanzó por el jardín y dejó atrás la piscina. Lafargue había entrado en la casa y los alrededores estaban desiertos. De los postigos cerrados del primer piso escapaba una tenue claridad y el sonido de una música ligera. Piano... No era un disco: la melodía se detenía, volvía atrás. En la otra ala de la casa también se veía luz en algunas ventanas. Alex se arrimó a la pared, al amparo de la hiedra que cubría la fachada: apoyado en la barandilla del piso superior, Lafargue contemplaba el cielo. Alex contuvo el aliento. Transcurrieron varios minutos hasta que, por fin, el médico se retiró al interior.

Alex estuvo un rato dudando: ¿debía arriesgarse a entrar en la mansión? Sí: le interesaba conocer el lugar, aunque fuera vagamente, para saber qué terreno pisaba cuando entrara para secuestrar a la mujer del cirujano.

La casa era grande, y en todas las ventanas del primer piso había luz. Lafargue y su mujer debían de dormir en habitaciones distintas. Los matrimonios burgueses no siempre se acuestan juntos, eso Alex lo sabía.

Empuñando el Cok, subió los escalones de la entrada y accionó el pomo de la puerta, que no ofreció resistencia. Empujó el batiente despacio.

Avanzó un paso. Una habitación grande a la izquierda y otra a la derecha, separadas por una escalera. El dormitorio de la mujer quedaba a la derecha, arriba.

Las burguesas no suelen levantarse temprano. ¡Esa zorra debía de dormir hasta las tantas todos los días! Alex tendría que esperar hasta que Lafargue se marchara y entrar inmediatamente después para sorprenderla durmiendo.

Cerró la puerta sin hacer ruido. Corrió con sigilo hacia el estanque, se subió a la gruta y saltó la tapia. Todo era perfecto. Caminó deprisa hacia el coche. ¡No! Había un problema: Roger, el chófer, se marcharía con Lafargue, pero ¿y si había una criada? ¡Sería un desastre tropezarse de narices con una chacha!

Alex enfiló hacia la carretera de circunvalación, respetando escrupulosamente las normas de tráfico. Era medianoche cuando llegó al chalet de Livry-Gargan.

A la mañana siguiente, temprano, volvió a Le Vésinet. Devorado por la inquietud, vigiló la casa de Lafargue, convencido de que vería llegar a una asistenta. Cuando se llevara a la mujer de Lafargue no tenía que haber testigos: el cirujano capitularía ante el chantaje —o me cambias la cara o mato a tu mujer—, pero si alguien presenciaba el secuestro, un criado, un jardinero, cualquiera, avisaría a la poli enseguida y el maravilloso plan de Alex se iría al traste.

No obstante, Alex estaba de suerte. Era cierto que Lafargue tenía una asistenta, Line, pero la mujer se había ido de vacaciones hacía dos días. De las cinco semanas que le concedía anualmente el médico, se tomaba tres en verano para ir a Morvan, a casa de su hermana, y el resto las dejaba para el invierno.

En toda la mañana no se presentó nadie en casa de Lafargue. Más tranquilo, Alex regresó a París. Quería comprobar los horarios del cirujano. Era posible que no trabajara todos los días. Si se tomaba un día libre a la semana, más valía saberlo cuanto antes. Alex pensaba informarse en las oficinas del hospital utilizando cualquier excusa.

El chófer estaba esperando a su jefe, como todos los días, en la terraza del bar, frente al hospital. Alex sintió sed y pidió una cerveza en la barra. Ya se disponía a saborearla cuando vio que Roger se levantaba precipitadamente. Lafargue estaba en el aparcamiento y desde allí llamaba a su chófer. Mantuvieron una breve conversación, tras la cual Roger entregó las llaves del Mercedes al cirujano antes de

dirigirse, refunfuñando, a la estación de metro más cercana. Alex ya estaba al volante de su CX.

Lafargue conducía como un loco y no se dirigía a Boulogne. Alex, desconcertado, lo vio torcer hacia la carretera de circunvalación y meterse luego en la autopista.

La perspectiva de recorrer una distancia larga siguiendo al médico no le entusiasmaba. Sin perder de vista las luces posteriores del Mercedes, se puso a elucubrar: Lafargue tiene hijos, se decía. Sí, están de vacaciones, acaba de recibir malas noticias, uno de ellos se ha puesto enfermo y va a verlo. ¿Por qué, si no, ha salido del trabajo antes que de costumbre y ha despedido al chófer? ¿O acaso ese cerdo tiene una amante? Sí, claro, ha de ser eso... ¿Y se va a verla de repente, en pleno día? ¿Qué significaba todo ese lío?

Lafargue pisaba el acelerador a fondo, sorteando los coches a derecha e izquierda. Alex frenó, sudando de miedo ante la idea de encontrar un control policial en el peaje... El Mercedes había salido de la autopista. Ahora avanzaba por una sinuosa carretera secundaria, pero no por ello había reducido la velocidad. Alex pensó en abandonar la persecución por miedo a ser descubierto, pero lo cierto era que Lafargue no echaba un solo vistazo al retrovisor. Viviane había sufrido otra crisis y el psiquiatra, cumpliendo su promesa, le había llamado para avisarle. Richard sabía lo que significaba esa visita a su hija, la segunda en menos de una semana... Esa noche, cuando estuviera de vuelta en Le Vésinet, no le diría a Ève que llamase a Varneroy... ¡Era imposible, después de lo ocurrido! Entonces, ¿cómo se consolaría?

El Mercedes se detuvo ante la entrada de una finca. Un discreto cartel indicaba que se trataba de una clínica psiquiátrica. Alex se rascó la cabeza, perplejo.

Richard subió a la habitación de Viviane sin esperar al psiquiatra. El espectáculo que lo aguardaba era el mismo que en la anterior ocasión: su hija, presa de un ataque, pateaba e intentaba agredirse. El cirujano no entró en el cuarto. Con la cara pegada a la mirilla, se puso a llorar en silencio. El psiquiatra, informado de su llegada, fue a reunirse con él. Sostuvo a Lafargue mientras se dirigían a la planta baja y a continuación entraron en un despacho.

—No vendré más —dijo Lafargue—. Es demasiado duro. Me resulta insoportable, ¿comprende?

—Sí, por supuesto...

—¿Necesita algo? Ropa..., no sé...

—¿Qué quiere que necesite? Serénese, señor Lafargue. Su hija nunca saldrá de ese estado. No quisiera parecer insensible, pero debe aceptar la realidad. Viviane vegetará y de vez en cuando sufrirá ataques como el que acabamos de presenciar... Podemos administrarle calmantes, atiborrarla de neurolépticos, pero, en el fondo, no podemos hacer nada decisivo y usted lo sabe. La psiquiatría no es como la cirugía. No podemos modificar las apariencias. No disponemos de instrumentos «terapéuticos» tan precisos como los suyos...

Más calmado, Richard fue recobrando el control de sí mismo y adoptó su habitual actitud distante.

—Sí..., tiene razón.

—Quisiera que..., que me diese su autorización... que me exima de la obligación de avisarle cuando Viviane...

—Sí —lo interrumpió Richard—, no es necesario que me llame de nuevo.

Se levantó, se despidió del psiquiatra y montó en el coche. Alex lo vio salir de la finca, pero no lo siguió. Había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que Lafargue volviera a Le Vésinet, a Boulogne o al hospital.

Alex fue a comer al pueblo más cercano. En la plaza estaban montando unas atracciones de feria. Él no paraba de darle vueltas al asunto. ¿Quién vivía en esa ratonera, allí, con los locos? Si era un niño, Lafargue debía de quererlo mucho para dejar el trabajo tan de improviso e ir a visitarlo.

Alex se animó repentinamente, apartó el plato, todavía medio lleno de patatas fritas aceitosas, y pidió la cuenta. Compró un gran ramo de flores y una caja de bombones y se fue al manicomio.

En el vestíbulo encontró a la recepcionista.

—¿Una visita para un enfermo? —preguntó.

—Emmm... sí.

—¿Qué nombre?

—Lafargue.

—¿Lafargue?

Al ver la cara de estupefacción de la empleada, Alex creyó que había metido la pata. Ya se imaginaba a Lafargue liado con una de las enfermeras que cuidaban a los locos...

—Pero... es la primera vez que viene usted a visitar a Viviane.

—Sí... Soy primo suyo.

La recepcionista lo miraba con extrañeza. Dudó un momento.

—Hoy no es posible visitarla. No se encuentra bien. ¿No se lo ha dicho el señor Lafargue?

—No, yo tenía que... Bueno, hace tiempo que había planeado esta visita.

—No lo entiendo. Esto es absurdo, el padre de Viviane ha estado aquí hace menos de una hora...

—No habrá podido avisarme. He salido de casa muy temprano.

La recepcionista meneó la cabeza y se encogió de hombros. Tomó las flores y los bombones y los dejó encima de su escritorio.

—Ya le daré todo esto cuando se haya recuperado un poco, hoy no merece la pena. Acompáñeme.

Subieron en ascensor. Alex caminó tras ella por el pasillo, balanceando los brazos. Al llegar a la puerta de la habitación, ella le señaló la mirilla. Alex se sobresaltó al ver a Viviane. Estaba acurrucada un rincón del cuarto, inmóvil, y miraba la puerta con expresión malévola.

—No puedo dejarle entrar..., supongo que lo entenderá.

En efecto, Alex lo entendía. Tenía las manos húmedas y se sentía mareado. Siguió observando a la loca y su rostro le resultó familiar, pero sin duda se trataba de una impresión equivocada.

Se marchó a toda prisa del manicomio. ¡Aunque Lafargue adorase a esa chiflada, a él no se le ocurriría secuestrarla! Eso sería como arrojarse en brazos de la poli. Además, ¿cómo? Había que entrar en el edificio, abrir la celda... No, tomaría de rehén a la mujer de Lafargue.

Volvió a la región parisiense conduciendo siempre con prudencia. Ya era tarde cuando llegó a su escondrijo, en Livry-Gargan.

A la mañana siguiente volvió a montar guardia junto a la villa de Lafargue. Estaba tenso, ansioso, pero la verdad es que no tenía miedo. Se había pasado la noche rumiando el plan e imaginando el resultado de la transformación de su rostro.

Roger llegó a las ocho, solo, a pie y con *L'Équipe* bajo el brazo. Alex estaba aparcado a cincuenta metros de la puerta principal. Sabía que aún tendría que esperar un rato más; Lafargue acostumbraba a llegar al hospital a eso de las diez.

Hacia las nueve y media, el Mercedes circuló por el jardín y se detuvo delante de la verja. Roger se apeó, abrió la puerta de par en par, sacó el coche, se detuvo de nuevo y volvió a bajar para cerrar la verja. Alex exhaló un profundo suspiro al ver que Lafargue se alejaba.

Lo ideal sería sorprender a la zorra antes de que se despertara. Era preciso actuar sin tardanza. Alex no había visto a ningún otro sirviente durante los días anteriores, pero uno nunca puede estar seguro de nada... Arrancó y fue a aparcar justo delante de la mansión de Lafargue. La verja no estaba cerrada con llave, de modo que entró y, como la cosa más natural del mundo, echó a andar por el jardín.

Alex avanzó hacia la casa con una mano en el bolsillo, apretando la culata del Cok. Miró los postigos de la derecha y le extrañó un detalle en el que no había reparado hasta entonces: estaban cerrados por fuera, como si esas ventanas estuvieran condenadas. Sin embargo, había visto luz, y de ahí salía la música de piano.

Se encogió de hombros y prosiguió su inspección. Rodeó la villa por completo antes de entrar. Respiró hondo y abrió la puerta. La planta baja era tal como la había visto la otra noche: un gran salón, una biblioteca y, en el centro, la escalera que conducía al piso superior. Subió los peldaños conteniendo la respiración, con el Colt en la mano.

Se oía un canturreo al otro lado de la puerta, ¡una puerta con tres cerrojos! Alex pensó con incredulidad que si el cirujano encerraba a su mujer, debía de estar loco de atar... Aunque quizá no, a lo mejor era una golfa y él hacía bien en desconfiar... Con cautela, descorrió el primer cerrojo. La mujer seguía canturreando. El segundo cerrojo... El tercero... ¿Y si además estaba cerrada con llave? Con el corazón palpitante, accionó el pomo. La puerta se abrió lentamente, sin que los goznes chirriaran.

La zorra, sentada delante del tocador, estaba maquillándose. Alex se pegó a la pared para no reflejarse en el espejo. Ella, desnuda, absorta en la tarea de maquillarse, le daba la espalda. Era atractiva, tenía la cintura estrecha, las nalgas — aplastadas sobre el taburete— musculosas. Alex se agachó para dejar el Colt sobre la moqueta y, de un salto, se abalanzó sobre ella y le dio un puñetazo en la nuca.

Como buen experto en la materia, había controlado la fuerza del golpe. En Meaux, en el club nocturno donde trabajaba, los alborotos eran cosa frecuente, y él sabía calmar rápidamente a los que armaban bronca. Un golpe seco asestado en el cráneo, y después sólo había que arrastrar a los camorristas hasta la calle.

La mujer yacía inerte sobre la alfombra. Alex se echó a temblar. Le tomó el pulso y sintió deseos de acariciarla, pero no era precisamente el mejor momento. Bajó la escalera, se dirigió al mueble bar y bebió un trago de whisky para calmarse.

Salió de la casa, abrió la verja de par en par y, conteniéndose para no salir corriendo, montó en el CX y arrancó. Aparcó en el jardín, justo delante de la puerta principal. Se dirigió a la habitación a toda prisa. La mujer no se había movido. La ató cuidadosamente con una cuerda que había sacado del maletero del coche y le tapó la boca con esparadrapo antes de envolverla con la colcha de la cama.

Bajó con ella en brazos y la metió en el maletero. Apuró de otro trago el whisky que quedaba y dejó la botella tirada en el suelo. Una vez sentado ante el volante, puso en marcha el motor. En la calle, un matrimonio mayor paseaba a un perro, pero ni él ni ella le prestaron la menor atención.

Tomó la carretera de París y cruzó la capital de oeste a este para dirigirse a Livry-Gargan. De vez en cuando miraba por el retrovisor: nadie lo seguía.

Al llegar a su casa, abrió el maletero y llevó a la señora Lafargue al sótano, envuelta aún en la colcha. Para mayor seguridad, ató la cuerda a una cadena antirrobo de moto enrollada en torno a una cañería del agua.

Apagó la luz y salió del sótano para regresar al cabo de un momento con una cazuela llena de agua helada, que vació sobre la cabeza de la mujer. Ésta comenzó a agitarse, pero la cuerda obstaculizaba sus movimientos. Tampoco podía gritar; simplemente se la oía gemir. Alex sonrió en la oscuridad. Ella no le había visto la cara

en ningún momento, de manera que cuando la soltara no podría describirlo... si es que llegaba a soltarla. Después de todo, el cirujano sí que lo vería. Una vez terminada la operación, podría hacer un retrato robot. Lafargue podría dibujar el nuevo rostro de Alex... ¡la cara de un asesino y secuestrador! Bueno, se dijo Alex, ahora lo importante es conseguir que ese tipo me opere; luego ya veremos. Lo más seguro es que luego tenga que eliminar al cirujano y a su mujer.

Subió a su habitación, satisfecho por el éxito de la primera parte del plan. Esperaría hasta la noche, hasta que Lafargue volviera a Le Vésinet y se encontrara con la sorpresa de que la zorra había desaparecido. Después se reuniría con él y le explicaría el trato. ¡Sería inflexible! ¡Iban a enterarse todos esos cerdos de quién era Alex!

Se sirvió un vaso de vino y después de beber hizo chascar la lengua. Además, pensaba tirarse a la zorra, claro que sí. ¿Por qué no mezclar el placer con los negocios?

«Paciencia —se dijo—, ocúpate primero de Lafargue y ya vendrá después la diversión.»

TERCERA PARTE

LA PRESA

1

¡Es horrible! La pesadilla vuelve a empezar... No entiendes nada; mejor dicho, temes entender demasiado bien: esta vez, Tarántula va a matarte.

Lleva tres días sin dirigirte la palabra. Cuando te trae la comida, incluso evita mirarte... El día que irrumpió en el estudio para impedir que el loco de Varneroy siguiera azotándote con el látigo, te quedaste estupefacta. Su cruel determinación se estaba resquebrajando hasta el punto de manifestar compasión. De regreso en Le Vésinet, se había mostrado tierno, preocupado por tu dolor. Te curó las heridas con pomada y descubriste, atónita, que las lágrimas le empañaban los ojos.

Esta mañana lo has oído salir para ir al hospital. Pero después ha vuelto, se ha abalanzado por sorpresa sobre ti, te ha dejado sin sentido y aquí estás de nuevo en el sótano, prisionera, encadenada en la oscuridad.

Va a empezar otra vez el infierno, exactamente igual que hace cuatro años, cuando te capturó en el bosque.

Va a matarte, Tarántula se ha vuelto loco, todavía más loco que antes. Sí: Viviane ha sufrido otra crisis, ha ido a verla a Normandía y no ha podido soportarlo. Ya no le basta con prostituirte. ¿Qué nuevo tormento va a idear?

Sin embargo, en los últimos meses había cambiado mucho. No era tan perverso. Por supuesto, seguía gritando por el maldito interfono para asustarte cuando estabas desprevenida...

Después de todo, más vale morir. Nunca has tenido valor para suicidarte. Él ha aniquilado hasta el menor atisbo de rebeldía que hubiera en ti. ¡Te has convertido en su objeto! ¡Te has convertido en su objeto! ¡Ya no eres nada!

Soñabas a menudo con escapar, pero, en tu actual estado, ¿adónde podrías ir? ¿Volverías con tu madre, con tus amigos? ¿Buscarías a Alex? ¿Quién te reconocería? Tarántula se ha salido con la suya... Te ha atado a él para siempre.

Confías en que ese siempre acabe pronto. ¡Que termine de una vez, que deje de manipularte!

Ha anudado firmemente la cuerda, te resulta imposible moverte. El cemento del sótano te araña la piel. La cuerda te comprime e irrita los pechos. Te duelen.

Los pechos...

Los pechos... Había puesto un esmero obsesivo en su desarrollo. Algún tiempo después de empezar con las inyecciones, comenzaron a abultarse. Al principio no le diste importancia, atribuías esa acumulación de grasa a la vida indolente que llevabas. Sin embargo, cada vez que Tarántula iba a visitarte, te palpaba el torso y meneaba la cabeza. No cabía duda. Horrorizado, descubriste que tu pecho se hinchaba, adquiriría forma. Día tras día, observabas el crecimiento de los pezones y te tocabas desesperadamente el sexo, que seguía flácido. Llorabas con frecuencia. Tarántula te tranquilizaba. Todo iba bien. ¿Te hacía falta algo? ¿Qué podía ofrecerte que no tuvieras ya? Sí, se mostraba muy amable, muy solícito.

Dejaste de llorar. Para olvidar, pintabas y pasabas muchas horas tocando el piano. Todo seguía igual, aunque Tarántula te visitaba cada vez más a menudo. Era ridículo. Os conocíais desde hacía dos años, él había aniquilado tu pudor y, aunque al principio del encierro incluso hacías tus necesidades en su presencia, ahora, en cambio, te cubrías los pechos y te ajustabas constantemente la bata para cerrar el escote. Tarántula te entregó un sujetador para que te lo probaras. Era innecesario; tus pechos, duros y firmes, podían prescindir de él. No obstante, era mejor así. Llevando sujetador y blusa, te sentías más cómodo.

Al igual que te habías habituado a las cadenas, el sótano y las inyecciones, poco a poco te acostumbraste a ese nuevo cuerpo hasta que se convirtió en algo familiar. Además, ¿para qué darle vueltas al asunto?

Y tú pelo... Al principio, Tarántula te lo cortaba. Después te lo dejó crecer. Tal vez fuera por efecto de las inyecciones, cápsulas y ampollas, el caso es que tus cabellos cobraron brillo y volumen. Con el tiempo te creció una espesa melena. Tarántula te la lavaba, y te regaló un secador con un juego de cepillos. Te aficionaste a cuidarte el pelo. Te hacías diferentes peinados: moño, cola de caballo... Un día te lo rizaste y desde entonces lo llevas así.

Va a matarte. En el sótano hace calor y la sed vuelve a torturarte... Hace un rato te echó agua helada por encima, pero no pudiste beber.

Esperas la muerte; ya no importa nada. Te acuerdas del instituto, del pueblo, de las chicas, sobre todo de las chicas... Y de tu amigo Alex. Nunca volverás a ver todo eso, nunca volverás a ver nada. Te habías acostumbrado a la soledad; tu único compañero era Tarántula. Cuando en algunos momentos te invadía la nostalgia y te sentías deprimido, él te administraba calmantes, te colmaba de regalos, el muy cerdo, y todo para llevarte a esto...

¿Qué espera? Debe de estar urdiendo crueles y refinadas torturas, una puesta en escena de tu asesinato... ¿Te matará él mismo o te dejará en manos de un Varneroy cualquiera?

No. Ya no soporta que otros te toquen o te posean, lo viste claro cuando golpeó al perturbado de Varneroy, que te estaba castigando con el látigo.

¿Habrá sido por tu culpa? Últimamente te burlabas de él... En cuanto entraba en tu habitación, si estabas sentada al piano, te ponías a tocar The Man I Love, esa canción que detesta. A veces también lo provocabas, lo cual era más perverso aún. Hace muchos años que vive solo. ¿O tal vez tenía una amante? No, Tarántula es incapaz de amar.

Notaste que se turbaba cuando te veía desnuda. Estás segura de que le atraías, pero al mismo tiempo le repugnaba tocarte, es comprensible. Con todo, te deseaba. En tus aposentos estabas siempre desnuda; una vez, sentada en el taburete giratorio del piano, te volviste hacia él y separaste las piernas, mostrándole el sexo abierto. Le viste tragar saliva y sonrojarse. Eso es lo que le ha enloquecido todavía más: desearte después de todo lo que te ha hecho, desearte a pesar de lo que eres.

¿Cuánto tiempo te va a dejar pudriéndote en este sótano? La primera vez, tras la persecución por el bosque, te dejó ocho días solo en completa oscuridad. ¡Ocho días! Te lo confesó más tarde.

Claro, si no hubieras jugueteado con su deseo, tal vez ahora no se vengaría así.

No, no, es absurdo pensar eso... Es por Viviane, que está loca de atar desde hace cuatro años... Cuanto más tiempo pasa, más evidente es el hecho de que no tiene curación... Y él no termina de aceptarlo. No puede admitir que ese guiñapo sea su hija. ¿Qué edad tendrá? Por entonces tenía dieciséis años, de manera que habrá cumplido los veinte. Y tú tenías veinte, y ahora veinticuatro... Morir tan joven no es justo. ¿Morir? Pero si llevas ya dos años muerto. Vincent murió hace dos años. El fantasma que le sobrevivió nunca ha contado para nada.

En efecto, no es más que un fantasma, pero puede seguir sufriendo hasta el infinito. No quieres que siga manoseándote, sí, ésa es la palabra, estás cansada de tantos mangoneos, de tantas manipulaciones malsanas. Vas a continuar sufriendo. ¡Sabe Dios lo que es capaz de tramar Tarántula! Es un experto en tortura, te lo ha demostrado mil veces.

Estás temblando, tienes ganas de fumar. Echas en falta el opio. Ayer te lo dio y lo consumiste. Ese momento —siempre por la noche— en que viene a verte y prepara las pipas constituye uno de tus mayores placeres. La primera vez te produjo náuseas y vomitaste. Pero él insistió. Fue el día en que ya no pudiste negar la evidencia: estaban creciéndote los pechos. Te sorprendió llorando, solo en el sótano. Para consolarte, te propuso escuchar un disco nuevo. Pero tú, con un nudo en la garganta, le mostraste los pechos; no podías hablar. El salió y regresó unos minutos más tarde con lo necesario: la pipa y las bolitas aceitosas. Un regalo envenenado. Tarántula es una araña con múltiples redes. Te dejaste convencer y desde ese momento eres tú quien le pide la droga si él olvida ese ritual diario. La repugnancia que al principio te producía el opio queda ya muy lejos. Un día, después de haber fumado, te dormiste en sus brazos. Mientras dabas las últimas caladas a la pipa, él, sentado a tu lado en el sofá, te abrazó y te acarició maquinalmente la mejilla. Su mano rozaba tu piel tersa. Siempre habías sido lampiño, así que sin querer le habías facilitado la tarea de transformarte. Cuando Alex y tú erais pequeños, esperabais ansiosos la aparición del vello, de una sombra sobre el labio. Alex no tardó mucho en poder dejarse bigote, primero un poco ralo, luego más poblado. Tú, en cambio, seguías totalmente imberbe. Un problema menos que solventar para Tarántula. Sin embargo, él te había dicho que eso carecía de importancia y te había explicado que, de todas formas, las inyecciones de estrógeno te habrían dejado lampiño. Aun así, te odiabas por responder tan bien a sus expectativas con tu bonita cara de chica, como solía decir Alex...

Y ese cuerpo tan delicado, de muñecas y tobillos finos, volvió loco a Tarántula. Una noche te preguntó si también eras homosexual. No entendiste el «también». No, no lo eras. Cierto era que alguna vez habías sentido la tentación, pero no, en realidad nunca ocurrió nada.

Tarántula no lo era, aunque al principio creías que sí... Aquel día que se acercó a ti para tocarte, imaginaste que deseaba acariciarte, cuando se trataba sólo de una exploración. Todavía estabas encadenado, acuérdate, fue muy al principio. Tímidamente, acercaste la mano hacia él. Y te golpeó.

Te quedaste desconcertado. ¿Por qué te tenía cautivo, si no era para utilizarte como juguete sexual? Era la única explicación que habías encontrado para el trato a que te sometía... ¡Un asqueroso pederasta loco que quería disponer de un jovencito sumiso! Esa idea te llenó de rabia, pero pensaste: «¡No importa, participaré en el juego, que me haga lo que quiera, un día me escaparé, volveré con Alex y le partiremos la cara!» Pero con el tiempo, poco a poco y sin darte cuenta, acabaste jugando a otro juego. Un juego cuyas reglas había establecido Tarántula: el juego de la oca de tu degradación... Una casilla/sufrimiento, una casilla/regalo, una casilla/inyecciones, una casilla/piano... Una casilla/Vincent, una casilla/Ève.

Por la tarde Lafargue realizó una agotadora intervención que duró varias horas. El paciente era un niño con quemaduras en la cara y el cuello, al que fue preciso implantarle pacientemente colgajos de piel.

Al salir del hospital despidió a Roger y regresó solo a Le Vésinet. De camino se detuvo en una floristería, donde pidió que le preparasen un magnífico ramo.

Cuando encontró la puerta de la villa abierta de par en par y, desde el vestíbulo, vio que estaban descorridos los cerrojos de los aposentos de Ève, dejó caer las flores y subió corriendo, angustiado. El taburete del piano estaba volcado, había un jarrón hecho añicos, una bata y prendas interiores tiradas por el suelo, y la colcha había desaparecido. Junto a la cama yacía un par de zapatos de tacón, uno de ellos medio aplastado.

Richard recordó un detalle sorprendente: la verja de la entrada estaba abierta de par en par, aunque por la mañana Roger la había cerrado. ¿Un repartidor? Seguramente Line había hecho algún encargo antes de irse de vacaciones... Pero ¿y la ausencia de Ève? Se había escapado... El repartidor había llegado, había encontrado la casa vacía y, al oír las insistentes súplicas, había descorrido los cerrojos.

Richard no sabía qué hacer, estaba aterrado. ¿Por qué Ève no se había puesto la ropa que ella misma había dejado preparada sobre la cama antes de vestirse? ¿Y dónde estaba la colcha? La historia del repartidor no tenía pies ni cabeza. Sin embargo, eso mismo había estado a punto de suceder un año antes, precisamente durante unas vacaciones de Line. Por suerte, Richard había llegado justo a tiempo para oír a Ève suplicar desde detrás de la puerta y había tranquilizado al repartidor: no pasaba nada raro, su mujer estaba en plena depresión y por eso se había visto obligado a poner cerrojos...

En cuanto a Line y Roger, esa presunta «locura» de Ève bastaba para evitar que hicieran preguntas; además, Richard se mostraba afectuoso con la joven y, desde hacía un año, le permitía salir cada vez más a menudo. Algunas noches cenaba en la

planta baja. La loca se pasaba el día tocando el piano o pintando. Line limpiaba sus habitaciones sin concederle la menor importancia.

Todo parecía de lo más normal. Ève recibía montones de regalos. Un día, Line había levantado el paño blanco que cubría el caballete y, al ver aquel cuadro que representaba a Richard vestido de mujer y sentado en la barra de un club nocturno, se había dicho que en efecto algo no funcionaba bien en la cabeza de la señora. El señor tenía mucho mérito al tolerar esa situación; mejor habría hecho metiéndola en un sanatorio, aunque, claro, eso no le convenía: ¡la esposa del doctor Lafargue en el manicomio, cuando ya tenía encerrada a su hija!

Richard se dejó caer en la cama, desesperado. Meneaba la cabeza, con el vestido de Ève entre las manos.

El teléfono sonó. Se precipitó a la planta baja para contestar. No reconoció la voz.

— ¿Lafargue? Tengo a tu mujer...

— ¿Cuánto quiere? Dígamelo, le pagaré... — chilló Richard, muy alterado.

— No te pongas nervioso, no es eso lo que quiero; no me interesa la pasta. Bueno, ya veremos si también puedes darme...

— Se lo suplico, dígamelo, ¿está viva?

— ¡Pues claro!

— No le haga daño...

— No te preocupes, no voy a maltratarla...

— Entonces, ¿qué es lo que quiere?

— Verte. Tenemos que hablar.

Alex citó a Lafargue: esa noche, a las diez, en la puerta del *drugstore* de Opera.

— ¿Cómo lo reconoceré?

— No te preocupes por eso; yo te conozco a ti... Ven solo y no hagas tonterías, de lo contrario, ella pagará las consecuencias.

Richard asintió, pero su interlocutor ya había colgado.

A continuación, Richard hizo lo mismo que Alex unas horas antes: agarró una botella de whisky y bebió un largo trago. Luego bajó al sótano para comprobar que todo seguía en orden. Las puertas estaban cerradas, de modo que por ese lado no había problema.

¿Quién era ese tipo? Un maleante, sin duda. Sin embargo, no pedía rescate, al menos de momento. Quería otra cosa, pero ¿qué?

Richard no había mencionado a nadie la existencia de Ève. Durante los primeros tiempos del encierro de Vincent, había tomado toda clase de precauciones para que

ningún detalle delatara su presencia. Incluso había despedido a sus dos sirvientes y no había contratado a Line y Roger hasta mucho después, cuando la situación con Ève ya se había «normalizado» en cierto modo. Temía que la policía encontrara el rastro del desaparecido. Los padres de Vincent continuaban buscándolo, lo sabía por los periódicos locales. Por supuesto, su plan había salido a la perfección; había atrapado a Vincent en plena noche, en un lugar solitario, y había borrado cualquier pista. Sin embargo, toda cautela era poca. Dado que él había presentado una denuncia por lo ocurrido a Viviane, cabía la posibilidad de que llegaran a relacionar los dos casos.

Después, el tiempo había ido pasando. Seis meses, un año, luego dos, ahora cuatro... El caso estaba archivado.

Si el tipo hubiera sabido quién era Ève en realidad, no habría hablado como lo había hecho, no habría dicho «tu mujer». El secuestrador creía que Ève y Richard estaban casados. Lafargue salía algunas veces con ella y la gente pensaba que tenía una joven amante. Hacía cuatro años que había dejado de relacionarse con sus viejos amigos, quienes achacaron ese repentino retiro a la locura de Viviane. ¡Pobre Richard!, se dijeron, otro golpe: hace diez años, su mujer muerta en un accidente de avión, y ahora su hija internada en un hospital psiquiátrico. Pobre hombre...

Las personas ante las que se dejaba ver con Ève eran compañeros de trabajo, colegas; a nadie le extrañaba verle acompañado por una mujer en los escasos acontecimientos sociales a los que acudía. Los murmullos admirativos que, en tales ocasiones, suscitaba la aparición de su «amante» lo colmaban de satisfacción y de orgullo... profesional.

Ese delincuente no sabía absolutamente nada de Vincent, estaba claro. Entonces, ¿qué quería?

Lafargue llegó a la cita antes de la hora. Caminó arriba y abajo por la acera, zarandeado por la gente que entraba y salía del *drugstore*. Consultaba el reloj cada veinte segundos. Finalmente Alex lo abordó, tras haber comprobado que el médico estaba solo.

Richard examinó el rostro del raptor, un rostro cuadrado, tosco.

— ¿Has venido en coche? — preguntó el joven.

Richard señaló el Mercedes, aparcado muy cerca de allí.

— Vamos... — ordenó Alex.

A continuación le indicó que se sentara al volante y arrancara. Se había sacado el Cok del bolsillo y lo tenía apoyado sobre las rodillas. Richard lo observaba, esperando descubrir un punto débil en su comportamiento. Pero Alex no daba explicaciones; se limitaba a señalar: «recto», «a la izquierda», «a la derecha». El Mercedes se alejó del barrio de la Opera para hacer un largo recorrido por París,

desde la Concorde hasta los muelles, desde la Bastilla hasta Gambetta... Alex no perdía de vista el retrovisor. Cuando estuvo seguro de que Richard no había avisado a la policía, se decidió a entablar un diálogo.

—Eres cirujano, ¿eh?

—Sí. Dirijo el servicio de cirugía plástica de...

—Ya lo sé, y también tienes una clínica en Boulogne. Tu hija está chalada, la tienes encerrada en un manicomio de Normandía. Como ves, te conozco bien... A tu mujer por el momento no le ha pasado nada malo, está en un sótano, atada a un radiador, así que presta mucha atención si quieres volver a verla... Te vi el otro día en la tele.

—Sí, hace un mes me hicieron una entrevista —asintió Richard.

—Explicaste cómo cambias la forma de la nariz, cómo estiras la piel arrugada de las viejas y todo eso —prosiguió Alex.

Richard había comprendido. Suspiró. A ese tipo no le interesaba Ève, sino él.

—La policía me busca. He matado a uno de los suyos. Estoy en un callejón sin salida, a no ser que cambie de cara. Y tú te encargarás de ayudarme... En la tele dijiste que no hacía falta mucho tiempo. He dado este golpe solo, sin la ayuda de ningún colega. ¡No tengo nada que perder! Si intentas avisar a la poli, tu mujer morirá de hambre en ese sótano. No me vengas con truquitos estúpidos, porque te repito que no tengo nada que perder. Ella pagará por tus errores. Si me denuncias, jamás le diré a la poli dónde está y morirá de hambre. No es un final agradable...

—Entendido, acepto.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, siempre y cuando me prometas que no le harás ningún daño.

—La quieres, ¿eh? —dijo Alex.

Richard se oyó responder, con voz inexpresiva: «Sí.»

—¿Cómo vamos a hacerlo? Me ingresas en el hospital, o mejor en tu clínica...

Richard conducía aferrando el volante con las manos crispadas. Tenía que convencer a ese tipo de que fueran a Le Vésinet. Saltaba a la vista que no era ningún genio. La ingenuidad de su plan daba prueba de ello. Ni siquiera se le había ocurrido que, una vez anestesiado, quedaría totalmente indefenso en sus manos. ¡Un imbécil, no era más que un imbécil! Creía que su plan daría resultado porque tenía a Ève. ¡Ridículo, totalmente ridículo! Sí, pero debía llevarlo a Le Vésinet, pues en la clínica no podría darle su merecido y tal vez el muy idiota lograría llevar a término su estúpido proyecto, ya que Richard jamás, en ningún caso, llamaría a la policía.

—Mira —dijo—, vamos a hacer una cosa para ganar tiempo. Supongo que ya sabes que las operaciones hay que prepararlas con mucha antelación. Antes hay que hacer pruebas al paciente y todo eso.

—¿Me tomas por idiota?

—No, claro... Si te presentas en la clínica por las buenas, empezarán a hacerse preguntas. Hay una lista de intervenciones programadas, hay que seguir una agenda...

—Pero ¿no eres tú el dueño? —murmuró Alex, sorprendido.

—Sí, pero me has dicho que te están buscando, ¿no? Entonces, cuanto menos gente te vea mejor para ti.

—Exacto. ¿Y qué?

—Vayamos a mi casa y te enseñaré lo que puedo hacer para modificar tu rostro: la forma de la nueva nariz, suprimir la papada, todo eso...

Alex no se fiaba del todo, pero acabó aceptando. Su plan marchaba sobre ruedas: el matasanos estaba cagado por lo que pudiera pasarle a su chica.

Cuando llegaron a Le Vésinet, Lafargue invitó a Alex a sentarse cómodamente. Estaban en el despacho. Richard sacó catálogos de fotos y encontró la de un hombre que se parecía vagamente a Alex; con un rotulador blanco, borró poco a poco la nariz y dibujó otro contorno en negro. Alex lo miraba, fascinado. Después, Lafargue repitió la operación con la papada. Esbozó un rápido retrato de Alex tal como era, de frente y de perfil, y otro representando al futuro Alex.

—¡Genial! Si consigues hacerme eso, no tendrás que preocuparte por tu mujer. — Al decir esto, Alex se apoderó del primer dibujo y lo rompió—. No se te ocurrirá hacer un retrato robot para la poli después de la operación, ¿eh? —preguntó, inquieto.

—No seas ridículo. Lo único que me importa es recuperar a Ève.

—¿Se llama Ève? Bueno, de todas formas, tomaré mis precauciones.

Lafargue no se dejaba engañar: el tipo tenía intención de matarlo cuando terminara la operación. En cuanto a Ève...

—Oye, más vale que no perdamos tiempo. He de hacerte unas pruebas antes de la operación. En el sótano tengo un pequeño laboratorio, así que podemos empezar inmediatamente.

Alex frunció el entrecejo.

—¿Aquí?

—Sí —contestó Richard, sonriendo—. Trabajo con frecuencia fuera del hospital.

Los dos se levantaron y Richard le precedió camino del sótano, donde había una sala muy espaciosa con varias puertas. Lafargue abrió una, encendió la luz y entró en la estancia. Alex lo siguió y se quedó atónito al ver lo que contenía: una larga mesa provista de un montón de aparatos y una vitrina llena de instrumental quirúrgico. Con el Cok en la mano, recorrió aquel miniquirófano que había instalado Richard.

Se detuvo delante de la mesa, examinó el enorme foco destinado a iluminar al paciente, cogió la mascarilla de la anestesia e inspeccionó las bombonas, aunque ignoraba lo que contenían.

— ¿Qué es todo esto? — preguntó, extrañado.

— Pues... mi laboratorio.

— Pero ¿operas aquí?

Alex señaló la mesa, el gran foco y el resto de material, que ya había visto antes en el reportaje de la tele.

— No, no, pero, ya sabes... A veces tenemos que hacer pruebas..., con animales.

Richard notó que la frente se le empapaba de sudor y el pulso se le aceleraba, pero procuró disimular su miedo.

Alex meneó la cabeza, perplejo. Era verdad, él lo sabía: los médicos hacen montones de experimentos incluso con monos...

— Entonces no será necesario que vaya a la clínica. Puedes operarme aquí, ¿no? — propuso—. Si es que tienes todo lo que hace falta, claro.

A Lafargue le temblaban las manos, y se las metió en los bolsillos.

— ¿Qué estás pensando? ¿Algún un problema? — preguntó Alex.

— No..., sólo es que a lo mejor necesito un par de cosas.

— ¿Cuánto tiempo tendré que estar en cama después de la operación?

— Muy poco. Eres joven y fuerte, y la intervención no es muy agresiva.

— ¿Y podré quitarme enseguida los vendajes?

— Eso no. Habrá que esperar como mínimo una semana — respondió Richard, categórico.

Alex, pensativo, recorría la habitación toqueteando los aparatos.

— ¿No será peligroso hacerlo aquí?

Lafargue abrió los brazos antes de responder que no, que no corrían ningún riesgo.

— Oye, ¿y estarás solo? ¿Sin ninguna enfermera que te ayude?

— Eso es lo de menos. Teniendo tiempo, yo puedo ocuparme de todo.

Alex se echó a reír y le dio una sonora palmada al médico en la espalda.

— ¿Sabes qué vamos a hacer? — dijo—. Me quedaré en tu casa y, en cuanto puedas, me operas... ¿Te parece bien mañana?

— Sí..., si quieres, será mañana. Pero, durante tu..., bueno, durante tu «convalecencia», ¿quién se ocupará de Ève?

— Tranquilo, la he dejado en buenas manos.

— Creía que trabajabas solo.

— Sí, pero no del todo. Tranquilo, no le harán daño... Mañana me operas y nos quedamos los dos aquí una semana. Tu criada está de vacaciones; vas a llamar al

chófer para que no venga mañana... Iremos los dos a buscar los productos que te faltan. Tendrás que tomarte unos días libres en el hospital. Venga, vamos...

Subieron a la planta baja. Alex ordenó a Richard que llamara a Roger a su casa. Cuando Richard hubo acabado de hablar por teléfono, Alex le señaló la escalera.

Lo acompañó al piso de arriba y le hizo entrar en los aposentos de Ève.

— ¿Qué le pasa a tu mujer? ¿No está bien? ¿Por qué la encierras?

— Hace..., hace cosas raras...

— ¿Como tu hija?

— Más o menos. A veces.

Alex corrió los tres cerrojos mientras le daba las buenas noches a Lafargue. Inspeccionó la otra habitación y salió a pasear por el jardín. En Livry-Gargan, a Ève las horas debían ya de parecerle siglos, pero todo iba bien... Al cabo de diez días, cuando Lafargue le quitara los vendajes, Alex lo liquidaría y santas pascuas. Diez días... Para entonces era posible que Ève estuviera ya muerta. Bueno, ¿y qué?

A la mañana siguiente, Alex fue temprano a despertar a Richard y lo encontró tumbado en la cama, vestido. Preparó el desayuno y lo tomaron juntos.

— Iremos a la clínica a buscar lo que necesitas. ¿Puedes operarme esta tarde? — preguntó.

— No. He de hacerte unas pruebas, tomarte una muestra de sangre...

— Ah, sí, los análisis de orina y todo eso.

— Y cuando tenga los resultados, podremos empezar. Mañana por la mañana, supongo.

Alex estaba satisfecho; el matasanos parecía formal. Se puso él mismo al volante del Mercedes para ir a Boulogne. Dejó a Lafargue delante de la clínica.

— No tardes mucho..., no me fío.

— No te preocupes, es cosa de un minuto.

Richard entró en su despacho. La secretaria se sorprendió al verlo llegar tan pronto. Él le pidió que avisara al hospital de que le resultaría imposible ir a pasar consulta. Después abrió un cajón, eligió dos frascos al azar, se quedó pensando un momento y fue a buscar un estuche de bisturís, pues supuso que ese detalle impresionaría más a Alex, lo convencería más de la sinceridad de su «colaboración».

Cuando se reunió con él en el coche, Alex leyó la etiqueta de los medicamentos, abrió el estuche que contenía los escalpelos y lo guardó todo en la guantera. De

regreso en Le Vésinet, se encaminaron al laboratorio. Lafargue le extrajo un poco de sangre al delincuente. Inclinado sobre un microscopio, examinó someramente la platina, mezcló al azar unas gotas de reactivos y finalmente interrogó a Alex sobre sus enfermedades anteriores.

Alex estaba muy satisfecho. Observaba a Lafargue, miraba por encima de su hombro... Hasta echó un vistazo por el microscopio.

—Bueno, todo está perfecto —anunció Richard—. No es necesario que esperemos hasta mañana. ¡Estás sano como una manzana! Descansarás todo el día. No comerás a mediodía y por la noche te operaré.

Se acercó a Alex, le palpó la nariz y el cuello. El secuestrador se sacó del bolsillo el dibujo de su nuevo rostro y lo desplegó.

—¿Así? —preguntó, mostrando el esbozo.

—Sí..., así —confirmó Lafargue.

Acostado en la cama de Lafargue, que estaba encerrado en la otra habitación, Alex descansó varias horas. Tenía un poco de sed, pero no podía beber. A las seis de la tarde fue a buscar al cirujano. Estaba muy nervioso; la idea de tumbarse en una mesa de operaciones siempre le había asustado. Richard lo tranquilizó y le indicó que se desnudara. Alex dejó el Cok con reticencia.

—No te olvides de tu mujer, matasanos —murmuró mientras se echaba.

Richard encendió el gran foco. La luz blanca era cegadora. Alex parpadeó. Un momento después, Lafargue apareció a su lado vestido de blanco y con una mascarilla. Alex sonrió, ya más tranquilo.

—¿Empezamos? —preguntó Lafargue.

—Adelante... Y no me vengas con estupideces si quieres volver a verla.

Richard cerró la puerta del quirófano, tomó una jeringuilla y se acercó a Alex.

—Esta inyección te relajará... Dentro de un cuarto de hora, te anestesiaré...

—Bien... ¡No intentes engañarme!

La punta de la aguja se clavó delicadamente en la vena. Alex vio que el cirujano sonreía, inclinado sobre él.

—¡No hagas tonterías!, ¿eh? Nada de tonterías...

De repente se sumió en la inconsciencia. En el último segundo de lucidez, cayó en la cuenta de que acababa de ocurrir algo que no había previsto.

Richard se quitó la mascarilla, apagó el foco y se cargó al delincuente al hombro. Salió del quirófano al pasillo y avanzó tambaleándose hasta otra puerta que había en el sótano.

Tras haber hecho girar la llave, entró en la cámara subterránea y llevó a Alex hasta la pared forrada de espuma. El sofá y los sillones seguían allí, así como otros objetos que habían pertenecido a Vincent. Encadenó a Alex al muro, suprimiendo algunos eslabones para atarlo bien corto. Luego volvió al quirófano, sacó un catéter de un cajón y se lo insertó a su prisionero en una vena del antebrazo. Aunque estuviera atado, cuando se despertara Alex encontraría la manera de moverse para impedir que Richard lo pinchara de nuevo... Lafargue estaba convencido de que ese tipo, desesperado y perseguido por la policía, hallaría fuerzas suficientes para resistir una tortura «convencional», al menos durante un tiempo. Y Richard tenía prisa... Ahora sólo cabía esperar.

Dejó la bata en el suelo. Subió a buscar la botella de whisky y un vaso. Después volvió para sentarse en un sillón, delante de Alex. Le había administrado una dosis muy pequeña de anestesia, de modo que su prisionero no tardaría en despertar.

2

Alex emergió lentamente del sueño. Lafargue aguardaba, atento a su reacción. Se levantó y le abofeteó con fuerza para que recuperara cuanto antes la conciencia.

Alex vio las cadenas, aquel sótano abarrotado de muebles, aquellos trampantojos que hacían de ventanas y representaban el mar, la montaña... Lanzó una amarga risotada. Todo había acabado, pero por más que lo torturaran no confesaría dónde estaba la zorra esa, ya no le importaba morir...

El médico lo observaba sentado en el sillón, bebiendo a sorbos de un vaso. Era whisky, la botella estaba en el suelo. ¡El muy cerdo! Lo había engañado, se había reído en sus narices. Ese maldito matasanos era un tipo listo, no se había acobardado, se había echado un buen farol... Sí, debía admitirlo: él mismo no era más que un pringado.

—Así que Ève está en un sótano, encadenada a un radiador —dijo Lafargue—. Sola.

—Va a palmarla... ¡Nunca descubrirás dónde la he metido! —masculló Alex.

—¿Le has pegado?

—No... Tenía ganas de tirármela, pero preferí dejarlo para más adelante. Debería haberlo hecho, ¿eh? Entérate bien: nadie volverá a cepillársela. Nunca más... Pasarán dos semanas antes de que alguien vaya a la casa donde está. Morirá de hambre y de sed. Y todo por tu culpa... A lo mejor un día encuentras su esqueleto... ¿Follaba bien, por lo menos?

—Cállate —murmuró Lafargue apretando los dientes—. Vas a decirme dónde está.

—¡Nada de eso, gilipollas, aunque me cortes a trozos no te lo diré! Voy a palmarla... Y si tú no me matas, la poli me echará el guante: estoy acabado, ya no tengo nada que perder...

—Vas a hablar, imbécil, ya lo creo que sí...

Richard se acercó a Alex, que le escupió en la cara. Mediante anchas tiras de cinta adhesiva extrafuerte, el cirujano le había pegado el brazo a la pared, con la palma de la mano hacia delante y la muñeca encadenada, de modo que el prisionero no podía hacer ningún movimiento.

—¡Mira! —dijo Richard, señalando el catéter unido a la vena.

Alex, sudoroso, se echó a llorar. ¡El muy cerdo iba a doblegarlo así! ¡Con una droga!

Richard le mostró una jeringuilla y a continuación la aplicó al catéter. Muy despacio, presionó el émbolo. Alex gritó, intentó tirar de las cadenas, pero todo fue en vano.

El líquido estaba ahora en su interior, fluyendo por su sangre. Sintió náuseas, una bruma algodonosa le enturbió poco a poco la mente. Dejó de gritar y de agitarse, pero sus ojos vidriosos seguían distinguiendo el rostro sonriente de Lafargue, la mirada malévola del cirujano.

— ¿Cómo te llamas?

Richard le tiraba del pelo para mantenerle la cabeza erguida.

— Barny... Alex.

— ¿Te acuerdas de mi mujer? — Sí...

Al cabo de unos minutos, Alex dio la dirección del chalet de Livry-Gargan.

Una ligera corriente de aire pasa a ras del suelo. Te contorsionas para colocarte de lado, apoyas la mejilla en el suelo y saboreas ese soplo de frescor. Te duele la garganta, la tienes reseca. El esparadrapo que te cubre los labios te estira la piel.

La puerta se abre. La luz se enciende. Es Tarántula. Se precipita hacia ti. Parece alterado, ¿qué le pasa? Te abraza delicadamente, arranca despacio el esparadrapo que te amordaza, te cubre la cara de besos, te llama «mi pequeña»; ahora se centra en las cuerdas, las desata. Cuando la sangre vuelve a circular bruscamente por tus miembros entumecidos, sientes un intenso dolor.

Tarántula te sostiene entre sus brazos, te estrecha cariñosamente. Su mano recorre tus cabellos, te acaricia la cabeza, la nuca. Te levanta del suelo, te saca de ese sótano.

No estáis en Le Vésinet, sino en otra casa... ¿Qué significa todo esto? Tarántula abre una puerta de una patada. Es una cocina. Sin soltarte, busca un vaso, lo llena de agua, te da de beber lentamente, a sorbitos...

Tienes la impresión de haber tragado kilos de polvo. Y qué sensación tan agradable te produce el agua al entrar en tu boca... Nunca habías experimentado nada tan agradable.

Tarántula te lleva a un salón toscamente amueblado. Te acomoda en un sillón, se arrodilla delante de ti, apoya la frente en tu regazo, te rodea la cintura con las manos.

Tú asistes a todo esto como espectadora de un juego absurdo. Tarántula sale un momento y regresa con la colcha que había dejado en el sótano; te envuelve con ella y te saca de la casa. Es de noche.

El Mercedes espera en la calle. Tarántula te instala en el asiento del acompañante y luego se pone al volante.

Empieza a contarte una historia demencial, inverosímil. Apenas lo escuchas. Un delincuente te ha secuestrado y, para obligarlo a confesar... Pobre Tarántula, está loco, ya no es capaz de distinguir la realidad de sus propios desvaríos. No... Pese a la dulzura con que te trata, sabes perfectamente que te hará sufrir para castigarte... Al detenerse ante un semáforo en rojo, se vuelve hacia ti. Sonríe, te acaricia de nuevo el cabello.

Cuando llegáis a Le Vésinet, te acompaña al salón, te instala en un sofá. Sube corriendo a tu habitación, vuelve con una bata, te la pone y desaparece de nuevo... Regresa con una bandeja: comida, bebida... Te da unas pastillas, no sabes de qué, no importa.

Repite que debes tomar algo, insiste en que comas un yogur o un poco de fruta.

Cuando acabas, se te cierran los ojos, estás agotada. Te conduce al primer piso, te acuesta en tu cama: antes de rendirte al sueño, has visto que se sentaba junto a ti, que te sostenía la mano.

Te despiertas... Distingues una claridad difusa, debe de estar amaneciendo. Tarántula duerme muy cerca de ti, en un sillón. La puerta de la habitación está abierta de par en par.

Todavía te duelen las piernas, la presión de las cuerdas era muy fuerte. Te pones de lado para observar mejor a Tarántula. Piensas en esa historia rocambolesca que te ha contado... ¿Una historia de gánsters? ¡Ah, sí!, un delincuente fugitivo exigía que Tarántula le cambiara la cara. Y tú eras el rehén.

No sabes nada más... Vuelve a vencerte el sueño, un sueño poblado de pesadillas. Y siempre las mismas imágenes: Tarántula ríe mientras tú yaces en aquella mesa; el foco, enorme, te deslumbra. Tarántula, ataviado con bata blanca, delantal de cirujano y gorro blanco, asiste a tu despertar riendo a carcajadas.

Oyes esa risa multiplicada, te destroza los tímpanos, quisieras dormir más, pero te resulta imposible; el efecto de la anestesia ya ha desaparecido... Tardas un buen rato en despabilarte del todo, vienes de muy lejos, conservas muy nítidas las imágenes de tus sueños, y Tarántula se ríe a carcajadas... Vuelves la cabeza, tienes el brazo atado; no, tienes los dos brazos atados... Una aguja, unida a un tubo, penetra en la sangradura: el suero va cayendo gota a gota del frasco, que se balancea suavemente sobre tu cabeza, en lo alto... Sientes vértigo y en un momento dado empiezas a notar un dolor creciente en el bajo vientre, unas punzadas en la zona del pubis, y Tarántula sigue riendo sin parar.

Tienes las piernas tan abiertas que te duelen. Las rodillas están dobladas y las pantorrillas, sujetas a unos estribos de acero... Sí, parece una de esas camillas que se utilizan en las consultas de los ginecólogos... ¡Ahí Ese dolor en la zona genital sube hacia el abdomen; intentas levantar la cabeza para ver qué pata y Tarántula continúa con su risa.

—Espera, Vincent... Voy a ayudarte...

Tarántula ha ido a buscar un espejo, te sostiene la nuca, te coloca el espejo entre las piernas. No ves nada, sólo un montón de compresas sanguinolentas y dos tubos que van a parar a unos frascos...

— ¡Dentro de poco lo verás mejor! — te dice Tarántula, y de nuevo se retuerce de risa.

Sí, ya sabes lo que te ha hecho. Primero las inyecciones, el aumento de los pechos, y ahora eso.

Cuando el efecto de la anestesia desapareció del todo, cuando recuperaste plenamente la conciencia, empezaste a gritar, estuviste mucho rato aullando. Te había dejado allí tendido, en el quirófano, en el sótano, atado a la mesa.

Regresó. Se inclinó sobre ti. Al parecer estaba tan alegre que no podía parar de reír.

Te había traído una tarta, una tarta pequeña con una vela. Una sola vela.

— Querido Vincent, vamos a celebrar el primer aniversario de alguien a quien acabará conociendo bien: Ève.

Señaló tu pubis.

— Ahí ya no hay nada. Verás, voy a explicártelo: ya no eres Vincent; te has convertido en Ève.

Cortó la tarta, tomó un trozo y te lo aplastó en la cara. Tú ya no tenías fuerza ni para gritar. El, sonriendo, se comió el otro trozo. Descorchó una botella de champán, llenó dos copas. Se bebió la suya y derramó la otra sobre tu cabeza.

— Vamos, Ève, ¿eso es todo lo que vas a decirme?

Le preguntaste qué te había hecho. Era muy sencillo. Empujó la mesa hacia el otro extremo del sótano, el lado donde habías vivido hasta entonces.

— Querida amiga, no he podido sacar fotos de la intervención que acabo de practicarle... Sin embargo, dado que este tipo de cirugía es bastante corriente, voy a explicártela con ayuda de esta película.

Puso en marcha un proyector... En la pantalla colocada contra la pared apareció un quirófano. Una voz que no era la de Tarántula iba comentando los sucesivos pasos.

«Tras haber administrado un tratamiento hormonal durante dos años procederemos a practicar una vaginoplastia al señor X, con quien hemos mantenido numerosas entrevistas previas.

»Después de la anestesia, empezaremos cortando un colgajo de glande de 1,2 centímetros, luego desprenderemos la totalidad de la piel del pene hasta su base. Diseccionaremos el pedículo, también hasta el nacimiento... Repetiremos la maniobra con el pedículo vasculonervioso dorsal del pene. El propósito es retirar la membrana anterior de los cuerpos cavernosos hasta la base del pene...»No podías apartar los ojos de aquel espectáculo, de aquellos hombres de manos enguantadas que manejaban el bisturí y las pinzas, seccionando la carne, tal como Tarántula había hecho contigo.

«La siguiente fase consiste en practicar una incisión escroto-perineal cuyo extremo posterior debe quedar a 3 centímetros del ano. A continuación hay que llevar a cabo la exteriorización del pene a través de esta incisión y continuar con la resección de la piel y del colgajo de glande.

»De este modo se llega a la individualización de la uretra y a la separación de los cuerpos cavernosos en la línea media.» Tarántula reía, reía... De vez en cuando se levantaba para enfocar la imagen, volvía a tu lado y te daba unas palmaditas en la mejilla.

«La tercera fase consiste en la creación de una neovagina entre el plano uretral por delante y el recto por detrás, con un dedo intrarrectal para evitar el desprendimiento.

»Aquí tenemos el desprendimiento de la neovagina, que mide 4 centímetros de ancho por unos 12 o 13 de profundidad... Aquí, cierre del extremo anterior de la vaina del pene e invaginación de la piel del pene en la neovagina...

»El colgajo de glánde se exterioriza con objeto de crear un neoclítoris. En la piel de los testículos, que hemos mantenido muy fina, se practica una resección: formará los labios mayores.

»Aquí podemos observar al mismo paciente varios meses más tarde. El resultado es muy satisfactorio: la vagina es de un tamaño adecuado y absolutamente funcional, el clítoris está dotado de sensibilidad, el orificio uretral se encuentra bien situado y no presenta complicaciones urinarias...» La película había terminado. Sentías un tremendo escozor en el centro del dolor, en los genitales. Tenías ganas de orinar. Se lo dijiste a Tarántula... Te había puesto una sonda, y así fue como experimentaste esa sensación extraña, esa nueva percepción de tu sexo. Gritaste de nuevo...

Era horrible, no conseguías conciliar el sueño, de manera que Tarántula te inyectó calmantes. Más adelante, te desató para que te pusieras de pie. Recorrías la habitación con pasitos muy cortos. La sonda se balanceaba entre tus piernas, y también aquellos tubos conectados a botellas en las que habían hecho el vacío para aspirar tus secreciones. Tarántula sostenía una de ellas, la otra la llevabas metida en el bolsillo de la bata... No tenías fuerza. Tarántula te trasladó del sótano a un pequeño apartamento en la planta superior de la casa. Había una salita, un dormitorio... La luz te deslumbraba. En dos años, era la primera vez que salías de tu prisión. El sol te bañó el rostro. Era agradable.

La «convalecencia» fue larga. Pudiste prescindir de la sonda y las botellas. Entre tus piernas ya no quedaba más que ese agujero. Tarántula te obligaba a llevar un mandril ginecológico en la vagina. Era indispensable, afirmaba, de lo contrario la piel se cerraría. Lo llevaste varios meses, muchos meses. Descubriste un punto muy sensible un poco más arriba: el clítoris.

La puerta de la habitación estaba siempre cerrada. Por las rendijas de los postigos, también cerrados, vislumbrabas un jardín, un pequeño estanque, unos cisnes. Tarántula te visitaba todos los días y pasaba horas contigo. Hablabais de tu nueva vida, del ser en el que te había convertido...

Volviste a tocar el piano, a pintar... Puesto que tenías pechos y ese orificio entre las piernas, no te quedaba más remedio que entrar en el juego. ¿Escapar? ¿Volver a tu casa después de tanto tiempo? ¿Tu casa? ¿El lugar donde Vincent había vivido era realmente tu hogar? ¿Qué dirían las personas que él había conocido? No tenías elección. Maquillaje, vestidos, perfumes... Y un día, Tarántula te llevó al bosque de Boulogne. Ya nada podía afectarte.

Hoy, ese mismo hombre duerme junto a ti. Debe de estar incómodo en esta postura, acurrucado en el sillón. Cuando te encontró en el sótano, te besó, te abrazó. La puerta está abierta. ¿Qué querrá ahora?

Richard abrió los ojos. Le dolían los riñones. Tenía una extraña sensación: toda la noche había velado a Ève, y después percibió algo, el crujir de una tela —la sábana—, o bien Ève despierta, observándolo a la luz matinal... Ella está ahí, en la cama, con los ojos bien abiertos. Richard sonríe, se levanta, se estira, va a sentarse al borde de la cama. Empieza a hablar con ella.

—Ya vas recuperándote —dijo—. Todo ha terminado. Yo... en fin, todo ha terminado, podrás irte, me ocuparé de la documentación, de tu nueva identidad, eso no será difícil, ya verás. Irás a la policía para decir...

Richard resultaba patético: no sabía cómo confesar su derrota. Una derrota total y humillante, que llegaba demasiado tarde para castigar un odio ya extinguido.

Ève se levantó, tomó un baño y se vistió. Bajó al salón. Richard se reunió con ella ante el estanque. Llevaba trozos de pan para echárselos a los cisnes. Ève se agachó al borde del agua y silbó un poco para llamar a los animales. Las aves comieron de su mano, torciendo el cuello para tragar el pan.

Hacía un tiempo espléndido. Echaron a andar y se sentaron los dos en el balancín, muy juntos, al lado de la piscina. Permanecieron así largo rato, sin cruzar palabra.

—Richard... —dijo por fin Ève—, quiero ver el mar...

Él se volvió hacia la joven, la contempló con una mirada que reflejaba una inmensa tristeza y asintió. Se dirigieron a la casa. Ève fue a buscar una bolsa de viaje y metió dentro algunos enseres. Richard la esperaba en el coche.

Tomaron la carretera. Ella bajó la ventanilla y sacó la mano para entretenerse, notando cómo la empujaba el viento. Él le recomendó que no lo hiciera por temor a los insectos y para evitar que alguna piedrecita la hiriera.

Richard conducía muy deprisa, tomando las curvas casi con rabia, y ella le pidió que aminorara la marcha. Los acantilados de la costa no tardaron en aparecer.

La playa de guijarros de Étretat estaba abarrotada. Los turistas se apiñaban a la orilla del mar. Había marea baja. Pasearon por el camino elevado que serpentea a lo largo de la roca y termina en un túnel que desemboca en la playa donde se alza el peñasco llamado l'Aiguille Creuse.

Ève le preguntó a Richard si había leído una novela de Leblanc que trataba de unos bandidos que se escondían en una gruta excavada en el interior del peñasco, una historia demencial. No, Richard no la había leído... Dijo, riendo pero con un dejo de amargura en la voz, que su oficio le brindaba pocas ocasiones para distraerse. Ella insistió. Vamos a ver, ¿y Arsène Lupin?... ¡Todo el mundo lo conoce!

Volvieron sobre sus pasos para dirigirse a la ciudad. Ève tenía hambre y decidieron sentarse en la terraza de una marisquería. Ella pidió una fuente de ostras. Richard eligió un centollo, probó una pata y dejó el resto. Ève terminó de comer sola.

—Richard, ¿qué es eso que me contaste ayer de un gánster?

Él le relató de nuevo lo ocurrido: su regreso a Le Vésinet, la habitación vacía, los cerrojos descorridos, la angustia que lo había asaltado al descubrir su desaparición. Y, finalmente, cómo la había encontrado.

—¿Y has dejado que ese delincuente se vaya? —insistió ella, desconfiada, incrédula.

—No, lo tengo atado en el sótano.

Había respondido en voz baja e inexpresiva. Ève estuvo a punto de atragantarse.

—¡Richard! ¡Tenemos que regresar! ¡No puedes dejarlo morir así!

—Te ha hecho daño. No merece otra cosa.

Ève descargó el puño sobre la mesa para devolver al médico a la realidad. Tenía la impresión de estar representando una escena absurda: el vino blanco en las copas, restos de marisco en el plato y ese diálogo carente de sentido sobre un tipo que estaba pudriéndose en el sótano de la mansión de Le Vésinet. Richard tenía la mirada perdida, del todo ausente. Ella insistió en regresar a la casa. Él aceptó de inmediato. Ève tenía la sensación de que, si le hubiese pedido que se arrojase desde lo alto del acantilado, habría obedecido sin rechistar.

Ya era tarde cuando entraron en la villa. Richard bajó delante de ella la escalera que conducía al sótano. Abrió la puerta, encendió la luz. El tipo estaba allí, de rodillas, con los brazos en cruz, amarrados con aquellas cadenas que tan bien conocía Ève. Cuando Alex levantó la cabeza, la joven profirió un largo grito, un lamento de animal herido que no comprende lo que le está pasando.

Inclinada hacia delante, jadeaba entrecortadamente al tiempo que señalaba al prisionero. Después salió corriendo al pasillo, cayó de rodillas y vomitó. Richard acudió a su lado y le sostuvo la frente.

¡Así que era eso, el último acto! Tarántula se había inventado esa historia del gánster, esa novela delirante, para calmar tu desconfianza. Te había engatusado con su ternura, había cumplido tu capricho de ver el mar para hacerte caer en un horror sin fondo.

Y ese ardid para que encontraras a Alex prisionero, igual que estuviste tú cuatro años atrás, no tenía otro objetivo que destrozarte un poco más, empujarte más hacia la locura, si eso era posible...

¡Sí, ése era su plan! Su propósito al prostituirte después de haberte castrado, despedazado y destrozado, después de haber destruido tu cuerpo para construir otro distinto, un simple juguete de carne, no había sido humillarte. No; todo eso era un simple juego, el preámbulo de su verdadero proyecto: lograr que te sumieras en la locura, como le había ocurrido a su hija... Y en vista de que habías resistido todas las pruebas, ahora jugaba más fuerte.

Paso a paso, se había dedicado a rebajarte. Te hundía la cabeza en las aguas cenagosas y, de vez en cuando, te agarraba del pelo para impedir que te ahogaras del todo, con el único objeto de asestarte finalmente el golpe fatal: Alex.

Tarántula no estaba loco: era un genio. ¿Quién más hubiera ideado una progresión tan inteligente? ¡El muy cerdo! ¡Tenías que matarlo!

A Alex no le sacaría nada, a estas alturas Tarántula debía de saberlo de sobra... Seguro que a él no lo sometería a los mismos tormentos. Alex era un bestia, un bruto; en otros tiempos te divertía, hacías de él lo que querías, te habría seguido a cualquier parte, como un perro.

En este caso Tarántula no conseguiría nada: los refinamientos que te había proporcionado no se los iba a brindar a Alex. ¿Acaso iba a obligarte a...? Sí, Alex estaba encadenado, desnudo como un gusano... ¡Claro, eso era lo que quería Tarántula!

No le bastaba con humillar a uno solo, necesitaba teneros a los dos a su merced. Cuatro años, Tarántula había tardado cuatro años en encontrar a Alex... ¿Qué había hecho Alex durante ese tiempo? Y, sobre todo, ¿cómo había llegado Tarántula hasta él? ¡Tú nunca lo habías mencionado!

Tarántula estaba allí, junto a ti. Te sostenía. El charco de vómito se extendía sobre el hormigón. Tarántula murmuraba palabras tiernas, pequeña mía, cariño, se mostraba solícito, te limpiaba la boca con un pañuelo...

La puerta del otro cuarto estaba abierta. Entraste precipitadamente en el quirófano, tomaste un bisturí de encima de la mesa y regresaste a paso lento hacia Tarántula, apuntándolo con el afilado instrumento.

3

Allí estaban los dos, cara a cara en aquel sótano de cemento iluminado por la cruda luz de un neón. Ève avanzaba despacio con el bisturí en la mano. Richard no se movía. Atado a la pared del habitáculo, Alex se puso a gritar. Por la abertura de la puerta, había visto a Ève caer de rodillas, salir arrastrándose, y ahora la veía avanzar con un cuchillo en la mano.

—¡Mi revólver, nena! —gritó—. ¡Mi revólver...! ¡Ven, lo ha dejado allí!

Ève entró donde estaba Alex y se apoderó de su arma, que en efecto había quedado abandonada sobre el sofá. Richard no daba muestras de inquietud, permanecía de pie, en el pasillo, sin retroceder ante el cañón del Cok que le apuntaba al pecho. En ese momento dijo algo increíble:

—¡Ève, por favor, explícame qué está pasando!

Ella se detuvo, desconcertada. Ese estupor fingido era otro ardid de Tarántula, no le cabía duda. ¡Pero ese cerdo no se libraría tan fácilmente!

—¡No te preocupes, Alex! —gritó—. ¡Vamos a acabar con este cabrón!

Alex tampoco comprendía gran cosa. ¿Ella sabía su nombre? Quizá se lo había dicho Lafargue... Ah, ya, ahora lo entendía todo: Lafargue tenía a su mujer encerrada, y ella aprovechaba la ocasión para librarse de su marido.

—¡Ève, mátame si quieres, pero dime qué pasa! —exclamó Richard. Se había dejado caer, deslizándose por la pared, hasta quedar sentado en el suelo.

—¡No te burles de mí! ¡No te burles de mí! ¡No te burles de mí! —repitió Ève, muy exaltada. Su protesta había empezado con un murmullo para terminar con un grito. Se le marcaban los músculos del cuello, tenía los ojos desorbitados y temblaba violentamente.

—Ève, por favor, explícame...

—¡Alex! ¡Alex Barny! Estaba conmigo, él también... violó a Viviane, incluso le dio por el culo mientras... mientras yo la sujetaba. Siempre creíste que lo había hecho yo solo, y yo nunca te dije nada porque no quería que fueras también a por él... ¡Pero él es tan culpable como yo de que tu hija esté loca, cabrón! ¡Y he sido yo quien ha pagado por todo!

Alex escuchaba a aquella mujer. ¿Qué demonios decía? «Quieren engañarme —pensó—, pretenden volverme loco entre los dos...» Después observó atentamente a la mujer de Lafargue, su boca, sus ojos...

—No sabías que éramos dos, ¿eh? —prosiguió Ève—. ¡Pues sí, Alex era mi amigo! El pobre no tenía mucho éxito con las chicas... Yo tenía que hacer de... de gancho. Con tu hija la cosa fue bastante más difícil que con otras. ¡Le gustó que la acariciase y la besase, pero en cuanto le metía la mano por debajo de la falda, se hacía la estrecha, así que tuvimos que forzarla un poco!

Richard movía la cabeza de un lado a otro, incrédulo, aniquilado por los constantes gritos de Ève, por su voz aguda.

—Yo me la follé primero mientras Alex la sujetaba. ¡Cómo se resistía! Y mientras tanto, vosotros, en el hotel, comíais y bailabais, ¿eh? Después le tocó el turno a Alex. Se lo pasó muy bien, ¿sabes, Richard? Ella gemía, porque Alex le hacía daño... aunque desde luego, menos del que me has hecho tú a mí. ¡Voy a matarte, Tarántula, te juro que voy a matarte!

No, Tarántula no lo sabía. Habías guardado el secreto. Cuando te confesó por qué te había mutilado —la violación de Viviane, que se había vuelto loca—, decidiste callar. Tu única venganza era proteger a Alex. Tarántula ignoraba que fuisteis dos.

Estabas tendido en la mesa de operaciones y recordaste lo sucedido aquella noche de julio de hacía dos años. Era un sábado. Tú y Alex paseabais por el pueblo, bastante aburridos. Las vacaciones escolares acababan de empezar. Tú ibas a ir a Inglaterra, y él, Alex, se quedaría a trabajar en la granja de su padre.

Fuisteis vagando de un lado a otro, recorrísteis los bares, jugasteis al fútbolín, al flipper. Luego montasteis los dos en la moto. Hacía buen tiempo. En Dinancourt, un pueblo grande que quedaba a unos treinta kilómetros, habían organizado un baile, una verbena. Alex estuvo haciendo puntería en una caseta de tiro al blanco. Tú mirabas a las chicas. Había muchas. Al final de la tarde te fijaste en esa chica. Era muy guapa. Caminaba del brazo de un tipo, un viejo, bueno, digamos que el hombre era mucho mayor que ella. Sería su padre. La muchacha llevaba un vestido de verano azul celeste. Tenía el pelo rubio y ondulado, y en su cara, de rasgos todavía infantiles, no había ni el menor rastro de maquillaje. Iban paseando en compañía de otras personas, y por su forma de vestir se notaba que no eran campesinos.

Se sentaron todos en la terraza de un bar, menos la chica, que continuó recorriendo sola la feria. Te presentaste educadamente, como siempre. Se llamaba Viviane. Sí, en efecto, el hombre de pelo blanco era su padre.

Por la noche había baile en la plaza del pueblo. Le propusiste a Viviane que os encontrarais allí. A ella le apetecía, pero no sabía si su padre... Habían ido a una boda, y el banquete se celebraría más tarde, en el hotel. El edificio estaba en una antigua finca un poco aislada y rodeada de un parque donde se organizaban muchas recepciones y fiestas. Ella tenía que asistir a la cena. Al final lograste convencerla: por la noche os encontraríais allí, junto al quiosco de patatas fritas. Sólo era una cría, un poco boba, ¡pero tan guapa!

Esa noche pasaste varias veces por los alrededores de la finca. Esos ricachones habían contratado una orquesta. Oh, nada de cuatro palurdos con acordeón, no: era una verdadera

orquestra; los músicos iban vestidos con esmoquin blanco y tocaban jazz. Habían cerrado las ventanas del hotel para proteger a los ricos de la vulgar pachanga del baile popular.

A eso de las diez, Viviane salió. La invitaste a tomar algo. Ella pidió una Coca-Cola; tú, un whisky. Bailasteis. Alex te observaba; le guiñaste un ojo. Durante un baile lento, besaste a Viviane. Notaste los fuertes latidos de su corazón contra tu pecho. No sabía besar, apretaba los labios con fuerza. ¡Luego, cuando le enseñaste cómo se hacía, se puso a sacar la lengua sin el menor reparo! Vaya con la niña. Olía bien, llevaba un perfume dulce, discreto, no como las chicas de allí, que se echaban litros y más litros de colonia. Mientras bailabais, le acariciaste la espalda desnuda. El vestido era escotado.

Paseasteis por las calles del pueblo. En una puerta cochera, la besaste de nuevo. Lo hizo mejor, había aprendido un poco. Le deslizaste una mano por debajo del vestido, recorriendo el interior del muslo hasta las bragas. Estaba excitada, pero se apartó. Tenía miedo de que su padre la riñera si tardaba demasiado. No insististe. Habíais regresado hacia la plaza. El padre había salido del hotel para buscar a su hija. Os vio a los dos, tú volviste la cabeza y seguiste tu camino.

Los observaste desde lejos. Discutían. El parecía enfadado, pero al final se echó a reír y volvió al hotel. Viviane volvió a tu lado. Su padre la dejaba quedarse un rato más.

Bailasteis. Ella se pegaba a ti. En la penumbra, le acariciabas los pechos. Una hora más tarde, dijo que quería irse. Le hiciste una seña a Alex, que estaba apoyado en la barra del bar, junto a la pista de baile, sosteniendo una botella de cerveza. Le dijiste a Viviane que la acompañarías. Cogidos de la mano, disteis una vuelta alrededor de la finca. Riendo, la llevaste hasta los matorrales, en el extremo más alejado del parque. Ella protestaba, riendo también. Tenía muchas ganas de quedarse contigo.

Os apoyasteis contra un árbol. Ya había aprendido a besar a la perfección. Te dejó que le levantas un poco el vestido. De repente, le tapaste la boca con una mano mientras con la otra le rasgabas las bragas de un tirón. Alex estaba muy cerca; agarrándole las manos, le dobló los brazos por detrás de la espalda y la tumbó en el suelo. El la sujetaba firmemente mientras tú te arrodillabas entre sus piernas. Alex te miraba.

Después fuiste tú el que sujetaste a Viviane, a cuatro patas sobre la hierba, mientras Alex se colocaba detrás de ella. Alex no se conformó con lo que tú ya le habías hecho; él quería más, y le hizo mucho daño al penetrarla. Ella forcejeó con la energía de la desesperación y consiguió soltarse. Gritaba. La perseguiste, la agarraste de un pie. Lograste inmovilizarla. Querías abofetearla, pero cuando asestabas el golpe, tu mano se cerró y le diste con el puño en plena cara. Su nuca chocó contra el tronco del árbol junto al que estabais. Quedó medio aturdida, pero su cuerpo se agitó convulsivamente.

Tarántula te lo dijo más tarde. Cuando oyó los gritos, la orquesta del hotel estaba tocando The Man I Love. Salió disparado hacia el parque. Te vio de rodillas mientras tú tratabas de agarrar a Viviane por el tobillo, de atraparla para impedirle gritar.

Alex se había apresurado a huir, adentrándose entre los arbustos. Viviane salió huyendo. Tenías que largarte. Echaste a correr, perseguido por aquel tipo. Acababa de zamparse una cena opípara y lo dejaste atrás sin dificultad. Alex te esperaba en el otro extremo del pueblo, junto a la moto.

Los días siguientes estuviste muy preocupado. El tipo te había visto la cara, primero junto al quiosco y luego en el prado de detrás del hotel, durante esa fracción de segundo en que estuviste dudando antes de decidir en qué dirección debías huir... Menos mal que no eras de ese pueblo y vivías lejos de allí. Poco apoco, tu inquietud se fue calmando. A la semana siguiente te fuiste a Inglaterra y no volviste hasta finales de agosto. ¡Y además, no era la primera vez que Alex y tú os metíais en un lío!

Tarántula estuvo mucho tiempo buscándote. Sabía más o menos la edad que tenías. Conocía tus rasgos de forma imprecisa... No acudió a la policía. Quería ocuparse de ti él mismo. Peinó la región, ampliando poco apoco el círculo a los pueblos de alrededor, acechando a los jóvenes a la salida de las fábricas y cuando terminaban las clases en los institutos.

Tres meses más tarde, te localizó en un bar, justo delante del instituto de Meaux. Te siguió, te espió, tomó nota de tus costumbres, hasta la noche de finales de septiembre en que se abalanzó sobre ti en el bosque.

Desconocía la existencia de Alex, no podía saber... Por eso está ahí, delante de ti, agotadas ya sus fuerzas, a tu merced...

Richard no salía de su asombro. Ève, de rodillas en el suelo, lo apuntaba con el Colt con los brazos estirados y el dedo índice blanco a causa de la tensión con que lo mantenía sobre el gatillo. «Voy a matarte», repetía una y otra vez con voz apagada.

—Ève, yo no sabía... ¡Es injusto!

Ella se sintió conmovida por ese remordimiento incongruente y bajó un poco la guardia. Richard estaba esperando ese momento. Propinó un brusco puntapié a la joven, que soltó el arma profiriendo un grito de dolor. Inmediatamente, Richard dio un salto, se apoderó del Colt y se precipitó hacia la habitación donde Alex estaba encadenado. Hizo fuego dos veces. Alex se desplomó: las balas lo habían alcanzado en el cuello y en el corazón.

Richard salió de nuevo al pasillo, se inclinó sobre Ève, la ayudó a incorporarse, se arrodilló y le tendió el revólver.

Ella, tambaleándose, acabó de ponerse en pie, inspiró profundamente y, separando las piernas, apuntó, acercando la boca del cañón a la sien de Lafargue.

Él la miraba fijamente. Sus ojos no dejaban traslucir sentimiento alguno, como si con su impasibilidad quisiera ayudar a Ève a no ceder a la compasión, como si quisiera volver a ser Tarántula, Tarántula y sus ojos fríos, impenetrables.

Ève lo vio empequeñecido, aniquilado. Dejó caer el Cok.

Subió a la planta baja, salió corriendo al jardín, se detuvo sin aliento delante de la puerta de la verja. Hacía una noche preciosa, unos reflejos danzaban en el agua azul de la piscina.

Entonces Ève volvió sobre sus pasos, entró en la villa, subió al piso de arriba. Se sentó en la cama de su habitación. El caballete estaba allí, cubierto con una tela. La retiró, contempló un rato aquel cuadro repulsivo. Richard travestido, con cara de borracho, con la piel arrugada; Richard convertido en una vieja prostituta.

Lentamente, bajó de nuevo al sótano. El cuerpo de Alex seguía colgado de las cadenas. Sobre el suelo de cemento se había formado un gran charco de sangre. Le levantó la cabeza, sostuvo un instante la mirada de sus ojos muertos y salió de esa prisión.

Richard continuaba sentado en el pasillo, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y las piernas estiradas. Un ligero tic le sacudía el labio superior. Ella se sentó a su lado y le tomó la mano. Apoyó la cabeza en su hombro.

En voz baja, susurró:

—Ven..., no podemos dejar el cadáver aquí...

Fin